

SERVICIO
SECRETO

Ss

DIAS DE SANGRE Y FURIA

Clark Carrados



El sol batía la carretera con ramalazos de fuego que no conseguían evitar la buena marcha del automóvil. En mangas de camisa, Roy Graham conducía con relativa negligencia, la mano derecha en el volante, mientras la izquierda acompañaba el compás de la canción que entonaba entre dientes.

Los ojos de Graham estaban protegidos por unas gafas de color. Delante de él, a derecha e izquierda y detrás, se extendía la inmensa llanura del desierto. «Un ambiente perfecto para la persecución de la diligencia por los apaches», pensó.

La carretera hizo de pronto una ligera pendiente. Cuando rebasaba la máxima cota, divisó una figurita a un lado, pocos metros más adelante.



Clark Carrados

Días de sangre y furia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1578

ePub r1.0

Lds 30.01.19

Título original: *Días de sangre y furia*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaban en la habitación alumbrada por una sola lámpara situada en un rincón. El escribía algo en un cuaderno de notas, mientras la mujer se paseaba nerviosamente, recorriendo la estancia en diagonal a largas zancadas.

Era alta, pechugona, con papada, pese a que no había cumplido ni de lejos los cuarenta años, pero todavía tenía un gran atractivo físico. El hombre era de mediana estatura, casi calvo y usaba gafas para leer.

La mujer parecía muy preocupada. El hombre, de pronto, interrumpió su tarea para mirarla por encima de los lentes.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó.

—Estoy segura —respondió ella—. Es muy amigo mío... Bueno, lo fue en tiempos, aunque ahora hace ya años que no nos vemos. Pero la distancia no ha menguado la amistad. Nos ayudará.

—San Francisco está muy lejos.

—¡Tonterías! Doscientas millas, todo lo más. Enviaré a alguien que nos eche una mano, ya lo verás.

—Tiene que ser listo y, sobre todo, con riñones suficientes para dominar la situación. Esto se pone cada día peor —se lamentó él.

—Lo sé. Por eso le llamé... y ya enviaré a alguien de su confianza.

—Un policía de San Francisco no tiene aquí ninguna autoridad.

—Pero puede investigar y aclarar las cosas lo suficiente, para que se sepa la verdad de todo. Y entonces, una de dos: o el estúpido comisario de Sun Plains hace algo o tendremos todas las pruebas que nos permitan recurrir a la policía del estado de California.

—La idea es buena, Effie. Sólo falta que resulte —dudó el hombre.

—No seas agorero, Ernie. Yo...

La mujer no pudo hablar. Su rostro se deformó súbitamente por una mueca de dolor.

Gritó, a la vez que el hombre, terriblemente asustado, se ponía en pie. Por la ventana próxima, abierta a causa del calor, penetraron llamas, humo y truenos.

Effie y el hombre chillaron y se agitaron en una siniestra danza, a medida que las balas iban entrando en sus cuerpos. Luego, por instinto, se abrazaron un segundo, para rodar al suelo casi en el acto.

El estruendo de los disparos cesó. No lejos de aquella estancia, empezaron a sonar chillidos de mujeres aterradas.

En el suelo, había dos personas muertas, pero sólo un charco de sangre, que se extendía lentamente.

* * *

El sol batía la carretera con ramalazos de fuego que no conseguían evitar la buena marcha del automóvil. En mangas de camisa, Roy Graham conducía con relativa negligencia, la mano derecha en el volante, mientras la izquierda acompañaba el compás de la canción que entonaba entre dientes.

Los ojos de Graham estaban protegidos por unas gafas de color. Delante de él, a derecha e izquierda y detrás, se extendía la inmensa llanura del desierto. «Un ambiente perfecto para la persecución de la diligencia por los apaches», pensó.

La carretera hizo de pronto una ligera pendiente. Cuando rebasaba la máxima cota, divisó una figurita a un lado, pocos metros más adelante.

Ella estaba sentada sobre una maleta y se levantó al ver el coche, haciendo frenéticas señales para que se detuviera. Roy Graham pisó el freno y el automóvil se detuvo un poco más adelante.

La mujer cargó con la maleta, bastante pesada, a juzgar por las apariencias, y un gran bolso, que colgó de su hombro izquierdo. Graham se compadeció de ella y se apeó, para salir a su encuentro.

—Deje que la ayude —sonrió, al llegar a su altura.

Ella sonrió, visiblemente aliviada. También se cubría los ojos

con unas grandes gafas coloreadas.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo—. Ya empezaba a pensar que tendría que pasar la noche al raso. ¿Quiere creer que en más de dos horas no ha pasado ningún coche?

Graham cargó con la maleta.

—Me lo creo —contestó—. Pero ¿qué hace aquí, sola, en pleno desierto?

—Tomé un autobús, pero no llega a Sun Plains, y me dejó en el cruce que hay media milla más abajo. El chófer me aconsejó que viniese aquí, ya que era más fácil que pasara algún coche por este tramo de carretera.

—Oh, comprendo...

No debía de andar muy sobrada de fondos, pensó Graham. Claro que, si se echaba un vistazo a su coche, tampoco él ofrecía precisamente la apariencia de un potentado.

La maleta quedó en el portaequipajes. Ella se quedó con el bolso, que puso sobre el regazo, una vez acomodada en el coche.

—Me llamo Glynnis York —se presentó.

—Roy Graham —dijo él, a la vez que hacía arrancar el motor—. ¿A Sun Plains, por casualidad?

—Sí, en efecto. ¿Usted?

—Me ofrecieron un empleo. Veré si me conviene.

Con el rabillo del ojo, Graham observó a su pasajera. Parecía bastante joven, aunque ya debía de rondar los veinticuatro años. La había visto de buena estatura, agradable figura y cabello castaño dorado, sumamente atractivo. La indumentaria era modesta, pero tenía un toque de distinción que no pasaba desapercibido. Posiblemente, una empleada en una oficina o unos grandes almacenes, dedujo.

A los pocos minutos, vieron en lontananza una agrupación de edificios.

—Sun Plains —indicó él.

—Menos mal —suspiró Glynnis—. Creí que no iba a llegar nunca.

—¿Es usted de esa población?

—No, nunca he estado allí. A decir verdad, voy a Sun Plains porque mi hermana ha muerto. Tenía un negocio y yo lo he heredado. Debo estudiar si me conviene seguir con él o venderlo.

—Lo siento —dijo Graham.

—Gracias.

—He oído decir que Sun Plains, a pesar de su pequeñez, es muy próspera. Quizá le convenga seguir con el negocio de su hermana.

—Tal vez, pero no quiero tomar una decisión sin antes saber qué me conviene de verdad.

—Un proceder muy sensato —elogió él.

Glynnis se volvió hacia Graham.

—¿Cuál es su oficio? —preguntó—. Lo digo porque tal vez pueda darle un empleo, señor Graham.

—Oh, hago de todo un poco. Lo mismo me da guiar un camión de la basura, que cortar el césped o vender helados y hamburguesas. Si quiere que le diga la verdad, soy un producto de esa fábrica de parados que es la Universidad actual.

—Caramba, tiene un título —se asombró la muchacha.

—Doctor ingeniero químico y diplomado en Geología —respondió él.

—Asombroso...

Graham se echó a reír.

—Sí, es asombroso que un ingeniero tenga que andar con un camión de la basura o vendiendo helados en un puesto callejero. Pero así es la vida y hay que tomársela como viene.

—Es usted, además, un filósofo —sonrió Glynnis.

—En estos tiempos, no hay más remedio que serlo. Bueno, estamos entrando en el pueblo. Yo debo seguir un poco más adelante. ¿Dónde quiere que la deje?

Glynnis abrió el bolso y sacó un trozo de papel.

—Me dirijo a un hotel, cuyo nombre es «Casa de Reposo» —contestó.

Graham pisó el freno en el acto.

—Entonces, ahí lo tenemos —dijo, señalando la casa que había a un lado de la carretera.

Desvió ligeramente el coche. Delante del edificio había una pequeña explanada, a la que daban sombra dos enormes olmos. La casa era bastante grande, con estructura parcialmente de madera y tejado picudo. Tenía una galería corrida que ocupaba todo el largo de la fachada y debajo quedaba el pórtico, sostenido por postes de madera, artísticamente labrados. El conjunto resultaba

agradablemente anticuado, pero se veía bien cuidado y ofrecía un excelente aspecto.

En el rótulo, además de las tres palabras mencionadas por Glynnis, había otro nombre:

Effie's.

Graham supuso que sería el nombre de la difunta hermana de la muchacha.

Detuvo el motor y se apeó. Una mujer salió en aquel momento a la puerta de la casa.

—No admitimos parejas, amigos —dijo.

Graham parpadeó.

La mujer era muy rubia y tenía la cara abundantemente maquillada. La bata de encajes estaba parcialmente abierta y permitía ver sin dificultad la ropa interior, de vistosa seda roja y negra.

—Yo no me quedo, hermana —contestó—. Ella sí; es la nueva dueña.

—Hola —saludó la muchacha—. Soy Glynnis York, la hermana de Effie.

La mujer abrió la boca un instante. Luego, de pronto, dio media vuelta y se metió corriendo en la casa, con gran revoloteo de encajes.

—¿Qué le pasará? —exclamó Glynnis, desconcertada.

Graham empezó a sospechar la verdad. Glynnis, por el contrario, no sabía nada. Dudó un instante, pero prefirió callar. Era mejor que ella lo averiguase por sí misma.

—Se habrá sorprendido. ¿Avisó usted de su llegada, señorita York?

—No, no lo creí necesario...

—Entonces, pronto se arreglará todo, no se preocupe.

Graham llevó la pesada maleta hasta la veranda y una vez allí, se despidió de la joven.

—He tenido mucho gusto —dijo—. Le deseo suerte, señorita.

—Gracias —contestó ella—. Si se queda en Sun Plains, venga a verme alguna vez.

—Claro.

En aquel momento, se oyó un fuerte estruendo.

Graham se volvió. Alguien lanzó una fuerte risotada.

—Nunca había visto un coche tan viejo —dijo el sujeto.

—No vuelvas a tocarlo, Lex; de lo contrario, lo vas a desencuadernar —rió el otro sujeto.

Graham frunció el ceño. El aspecto de aquellos dos tipos le desagradó inmediatamente. Eran algo mayores que él, pero tenían todo el aspecto de pueblerinos amigos de divertirse a costa de los forasteros. El llamado Lex asestó otro puntapié al coche. Calzaba unas botas muy recias y el golpe abolló la portezuela posterior izquierda.

—Está para la chatarra —dijo.

Graham descendió las escaleras.

—A mí me sirve —exclamó.

Los individuos le miraron burlonamente. El autor de los puntapiés dijo:

—A lo mejor tiene la cara más resistente que la chapa de su coche, ¿no te parece, Barry?

—¿Por qué no lo pruebas, Lex?

—Claro. Ahora mismo.

Lex sonrió con aire de superioridad. De pronto, disparó su puño derecho.

Dos manos atraparon el puño a mitad del viaje y lo sujetaron como si fuesen mordazas de acero. Luego, Graham ejecutó una seca torsión hacia la izquierda y los huesos de la muñeca de su atacante crujieron horriblemente.

Lex cayó de rodillas. El otro respingó un instante y luego, de súbito, metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un revólver de cañón corto.

Entonces, Graham supo que estaba ante dos sujetos que no eran precisamente los paletos que había creído. En la veranda, Glynnis chilló asustada.

Graham movió la mano derecha. El filo golpeó la muñeca del otro y el arma saltó por los aires. Luego disparó el pie y lo clavó en la ingle del sujeto, que se dobló, aullando como un perro apaleado.

En aquel instante, se oyó un gran grito:

—¡Alto ahí! ¡Quietos, dejen de pelearse!

Graham se volvió. Un hombre de cierta edad, rechoncho y con un sombrero de ala más bien pequeña, corría jadeante hacia aquel lugar. En el lado izquierdo de su sudada camisa, Graham divisó una

estrella de metal.

El joven levantó las manos.

—Ellos me atacaron, comisario —se defendió.

—¡Es cierto! —gritó la muchacha desde la veranda—. Yo lo he visto. Estaban dando patadas a su coche y cuando el señor Graham quiso reprochárselo, trataron de golpearle.

El comisario dudó.

—He oído Graham —dijo.

—Sí, ése es mi nombre —confirmó el forastero.

—Será mejor que se largue. Yo me ocuparé de estos tipos.

—Muy bien, usted manda aquí, comisario.

—Tiene que detenerle, Paige, maldita sea —gritó Lex.

—No me haga reír —contestó el representante de la ley—.

Hacía tiempo que tenía ganas de que alguien te diera una buena lección. Y digo lo mismo de tu compañero. Vamos, largaos de aquí en el acto.

—Me ha roto la muñeca...

—Que te la cure el doctor Cleves.

Graham estaba ya en el coche. Agitó la mano, sonriendo, y Glynnis correspondió con un gesto análogo. En aquel instante, dos mujeres, ataviadas con más sencillez que la anterior, salían a la veranda.

El coche arrancó. Graham ocultó una sonrisa. ¿Qué pensaría Glynnis cuando conociera la verdad?

Atravesó el pueblo. A la izquierda, arrancaba un camino que conducía a un altozano situado a unos ochocientos metros. En la cumbre había un edificio de lujosa apariencia, rodeado por un frondoso jardín, que resultaba absurdamente incongruente en aquel desértico ambiente. Graham tomó el camino de la casa y se dispuso a entrevistarse con su dueña, Zoé Vangeland.

«Seguramente, tiene setenta años y un genio de todos los demonios», calculó.

Vestida de negro, con encajes blancos en el cuello y los puños, llevaría un medallón pendiente sobre el pecho ya seco y se apoyaría en un bastón de ébano, con empuñadura de marfil. Tendría un carácter inaguantable y estaría reprendiendo continuamente a la servidumbre. «Una solterona de película siniestra», resumió así sus pensamientos.

CAPÍTULO II

El parque estaba rodeado por una alta tapia de mampostería, coronada por una interminable hilera de púas de metal, muy juntas y de unos veinticinco centímetros de altura. La puerta, de hierro forjado, estaba abierta.

Graham se adentró por el sendero central sin vacilar. De pronto, divisó algo que le hizo frenar en seco.

Ella estaba de espaldas al sendero, agachada sobre una planta. Vestía unos pantalones muy cortos, terriblemente ajustados a sus bien formadas caderas, y las piernas tenían unos contornos inmejorables.

Era una visión llena de atractivos. Le dieron ganas de apearse y dar un cachetito en aquel apetitoso trasero.

Detuvo el coche. Ella lo notó entonces, se irguió y giró sobre sus talones. Debajo del sombrero de fibra con que se protegía del sol, Graham contempló los ojos grises más hermosos que había visto en su vida.

Era muy alta, de pecho firme y cintura muy delgada. Los brazos quedaban desnudos por la falta de mangas en la blusa y se protegía las manos con unos guantes de jardinería.

—Hola, muñeca —dijo—. Soy Roy Graham. ¿Puedo ver a la vieja chiflada que vive en este lugar?

—¿Se refiere usted a Zoé Vangeland? —preguntó la joven.

—Sí, a ella misma, en efecto. Tú debes de ser su criada o algo por el estilo, ¿verdad?

Ella sonrió suavemente.

—Soy Zoé Vangeland —dijo.

—Hola, Zoé...

Graham se interrumpió bruscamente, con la boca muy abierta.

Luego accionó la palanca de cambios.

—Bueno, adiós, me marchó. Ya he dicho todo lo que tenía que decir y, de diez palabras, diez eran estupideces. Dispense, señorita.

—¡Espere, hombre! —gritó Zoé—. No tenga tanta prisa. Cualquiera puede confundirse. Usted pensaba en una mujer anciana.

—Sí, es lo que me dijeron en...

—Bueno, seguramente, se referían a mi tía. Se llama como yo, pero ahora está en Europa, de vacaciones. Yo he quedado en su lugar, con plenos poderes. Ella es hermana de mi difunto padre, ¿comprende?

—Señorita Vangeland, ¿qué debo hacer para disculparme? —preguntó Graham afligidamente.

Los hermosos ojos de la joven chispeaban alegremente.

—No tiene que hacer ni decir nada —contestó—. Pero creo que hablaremos mejor en la casa, ¿no le parece?

Zoé avanzó desenvueltamente hacia el coche. Antes de entrar, lo contempló con ojos críticos.

—Horrible —dijo.

—Es el vehículo propio de un hombre que vive del subsidio de paro —respondió Graham.

—Quizá ahora gane lo suficiente para comprarse uno nuevo, Roy.

—Tal vez —convino él.

Zoé abrió la portezuela.

En el mismo instante, se oyó un horrible rugido.

Algo pasó sobre las cabezas de los dos jóvenes, dejando una estela de humo blanquecino. La cosa cayó a cien metros de distancia y estalló con tremendo fragor.

Graham se quedó atónito.

—¡Cielos! ¡Nos bombardean con cohetes!

Zoé tenía la vista fija en la entrada. Graham se apeó.

Un coche corría hacia el pueblo a toda velocidad, dejando tras sí una espesa nube de polvo. La distancia era ya demasiado grande para intentar perseguirle con éxito.

—No es el primer cohete que me disparan —dijo ella, con las facciones contraídas—. Tratan de amedrentarme, pero no lo conseguirán. —Volvió los ojos hacia el forastero—. No tema, era

sólo un cohete de feria, aunque muy potente, eso sí.

—De todas formas, si nos pilla de Heno, nos habría hecho daño —gruñó el joven.

—Procuran no causar daños, pero irrita el silbido y la explosión. Bien, vamos, en casa hablaremos con más comodidad.

—Sí, señorita.

—Antes me llamó Zoé. Siga haciéndolo, Roy.

—Está bien, Zoé.

* * *

El salón era grande, con suelo de madera espejeante. Había un gran piano de cola en uno de los ángulos. Al lado, se veía un arpa ricamente decorada.

Zoé se había cambiado de ropa y ahora vestía unos pantalones largos, de tejido muy fino. Llenó las copas y puso hielo. Graham bebió un par de sorbos con evidente placer.

—¿Cuál es la situación? —preguntó al fin.

—Pésima. Y lo peor de todo es que no se sabe quién está detrás de todo esto —respondió la joven.

—Amedrentan a los ciudadanos de Sun Plains...

—Y han quemado un par de casas y asesinado a dos personas: Effie York y Ernie Pollock.

Graham respingó.

—¿Ha dicho Effie York?

—Sí. ¿La conocía?

El joven contempló el fondo de su copa.

—He traído a su hermana —respondió—. Me la encontré haciendo «auto-stop» en medio del desierto. Ella ha venido, porque es heredera del negocio. Pero ignoraba los dos puntos: el asesinato de su hermana y la clase de negocio de que se trataba.

—Ahora lo sabrá, supongo.

—Sí. Pobre chica... En fin, sigamos con lo nuestro.

—Es que el asesinato de Effie y su contable tienen también relación con mi llamada —dijo Zoé.

—O sea, lo quieren todo.

—Ya no hay dudas, Roy.

El teléfono sonó en aquel instante. Graham divisó un supletorio

y alargó una mano. Zoé lo comprendió y aguardó a que el joven hubiese separado el auricular de su sitio.

Entonces, levantó el aparato y dijo:

—Soy Zoé Vangeland. ¿Quién llama?

—El nombre no importa. ¿Ha recibido otro de nuestros avisos?

—Sí. Resultó precioso. Lástima que fuese de día. Por la noche, habría resultado un espectáculo maravilloso.

—Chica, quiero decirle una cosa. Es ya el último aviso. Haga lo que le pedimos hace tiempo y todo marchará bien. De lo contrario, los próximos cohetes... serán como los que usa el Ejército. Y no los lanzaremos a su casa, sino adonde sabe. Eso es todo. Adiós.

Zoé dejó el teléfono en su sitio.

—¿Lo ha oído, Roy?

—Sí. Supongo que no conoce al tipo.

—En absoluto. Ni siquiera puedo imaginarme desde dónde llamaba.

—Yo he captado música de fondo. ¿Tiene algún aparato de radio portátil?

—Si, claro.

—Tráigalo, por favor.

Zoé abandonó el salón unos instantes. Graham se acercó al arpa y rozó las cuerdas con los dedos. Las notas musicales se expandieron por la estancia y le parecieron irisadas gotas de agua que se desprendían de un rosal recién regado.

La joven volvió al poco.

—Creo que la música no procedía de la radio —dijo.

—No obstante, trataré de localizar la emisión —contestó él.

El esfuerzo resultó inútil. Zoé le hizo una sugerencia:

—Tal vez lo que funcionaba era una gramola automática —dijo.

—Una máquina tocadiscos con monedas.

—Sí. En el *Seven Stars* hay algunas. Es el local que quiere competir con la «Casa de Reposo» de Effie York.

Graham levantó las cejas.

—No lo sabía —manifestó.

—Hace algún tiempo, una mujer llamada Helen Boise, montó un local, del mismo estilo que el Effie's.

Francamente, no ha tenido mucho éxito, aunque podría decirse que

es mejor que el otro. Pero la gente sigue prefiriendo la «Casa de Reposo». Y fue a partir de la apertura del Seven Stars cuando empezaron a producirse los conflictos.

—Me parece que voy entendiendo —sonrió él—. ¿Qué tal el comisario?

—Le desbordan los acontecimientos. Devon Paige es bueno para los fines de semana y las infracciones de velocidad. Pero todo lo que pasa es demasiado para él. Tiene buena voluntad, ganas de hacer cumplir la ley... No obstante, no tiene la chispa que le habría hecho falta para dominar la situación apenas empezó a llegar al punto crítico.

—Entiendo. ¿Ha reconocido la voz del que llamaba?

—Es posible que haya sido Clem Anderson, el hombre de confianza de la Boise. Sin embargo, no puedo afirmar nada.

Graham movió la cabeza.

—Trataré de hacer lo que pueda —dijo—. ¿Qué sabe del asesinato de Effie y su contable?

—Fue algo canallesco. Los asaron, literalmente. A ella se le contaron siete impactos. En el cuerpo de Ernie había seis.

—Y no se ha sabido quién lo hizo.

—Pienso que fueron pistoleros «importados». Paige también lo cree así. Llegaron, les enseñaron el objetivo, atacaron y desaparecieron instantáneamente.

—Es la mejor forma de actuar —repuso él—. ¿A qué distancia está el yacimiento?

—Unas dieciséis millas, al nordeste.

—¿Tiene muchos empleados?

—Unos cuarenta. La mayoría viven aquí; son casados y tienen vivienda propia. Ocho o diez son solteros y pasan el fin de semana en el hotel o en

Effie's.

—Si usaran cohetes como los que han anunciado, ¿podrían perjudicar mucho las instalaciones?

—Paralizarían la mina por completo. Sufriría unas pérdidas tremendas —contestó la joven.

Graham hizo un gesto con la cabeza y apuró la copa.

—Empezaré a trabajar —anunció sobriamente. Lanzó una mirada a su alrededor—. ¿Quién toca los instrumentos?

—Hace años, mi madre y mi tía daban unas veladas encantadoras. Mi madre tocaba el arpa y tía Zoé el piano. Yo era una niña y las escuchaba arrobada...

La voz de la muchacha se había hecho repentinamente melancólica.

—Todo se lo llevó el viento —agregó con tristeza.

—Pero el viento, muchas veces, barre las nubes que ocultan el sol —sonrió Graham.

Zoé se esforzó por sonreír.

—Le deseo suerte, Roy.

—La necesitaré.

Graham se encaminó hacia la puerta. El caso no tenía nada de fácil. «Y promete ser muy movido», pensó.

* * *

La mujer era pelirroja, de formas opulentas y al andar, enseñaba las piernas, cubiertas por medias negras y ligas rojas. Se acercó al cliente y le dirigió una sonrisa profesional.

—Estás cansado —dijo—. Aquí viene la gente y consigue reposar. Yo puedo enseñarte el procedimiento...

Graham acarició la bien maquillada mejilla de la pelirroja.

—Quiero hablar con la dueña —dijo—. ¿Puedes avisarla?

—Ah, te refieres a la hermana...

—Sí.

—Espera, voy a ver si puede recibirte. Tú eres el que la trajo en el coche, si no me equivoco.

—Exacto.

—Me llamo Mattie.

—Un nombre muy bonito.

Mattie se alejó con gran contoneo de caderas. Graham quedó en el salón, en donde no había nadie en aquel momento, ni siquiera en la barra, situada en uno de los costados.

Arriba, en el primer piso, se oyó de pronto una risa femenina. Luego, un hombre coreó la carcajada de la mujer. Graham sentía curiosidad por conocer la reacción de Glynnis.

Mattie vino al poco y le hizo gestos con la mano. Graham la siguió hasta un despacho, cuya puerta había abierto la pelirroja.

Cruzó el umbral. Glynnis le dirigió una mirada desvaída.

—Hola, Roy. ¿Puedo serle útil en algo?

Graham cerró la puerta.

—Se ha llevado una tremenda sorpresa —dijo.

—Sí. Nunca pude figurarme que mi hermana... Pero ¿cómo pudo dedicarse a un negocio tan... tan sucio, tan repugnante?

—Me extraña que usted no lo supiera —manifestó el joven.

—Effie tenía casi quince años más que yo. Perdimos a nuestros padres cuando yo era una niña de cinco o seis años. Ella cuidó de mí como si fuese su hija. Pero luego, cuando yo ingresé en el colegio secundario, empezó a desentenderse de mí. A fin de cuentas, ya teníamos edades suficientes para desenvolvernos sin ayuda.

—Creo que la entiendo.

—Después... Bueno, hacía ya muchos años que no sabía de ella. A decir verdad, cambiábamos postales por Navidad... —Glynnis dejó caer las manos a los costados, con gesto desalentado—. Francamente, no sé qué hacer.

—El negocio no es de su agrado.

—Rotundamente, no. Yo puedo comprender las flaquezas y debilidades ajenas, pero no es lo mismo que tomar parte en ellas y, además, obtener un beneficio económico. Trate de entender mi punto de vista, Roy.

—La comprendo perfectamente, Glynnis. Pero es una decisión que deberá tomar usted misma...

Graham no pudo continuar. La puerta se abrió bruscamente y Mattie asomó en el umbral.

—Glynnis, hay un tipo que quiere...

—No hace falta que me anuncies, estúpida —sonó una voz áspera y desagradable.

CAPÍTULO III

El recién llegado apartó a Mattie de un empujón y entró en la estancia pisando fuerte.

—Soy Clem Anderson —se anunció—. Usted es Glynnis, la hermana de Effie.

—Sí, yo soy —contestó la muchacha.

Anderson sacó unos papeles del bolsillo y los lanzó despectivamente sobre la mesa.

—Ahí está el contrato de venta del local. Estúdielo. Mañana, por la tarde, vendré a recogerlo y le traeré un cheque por cinco mil dólares. Eso es todo, muñeca.

—¡Glynnis, no vendas! —chilló Mattie desde la puerta.

Anderson se revolvió furiosamente. Era un sujeto membrudo, de mediana estatura, ancho de hombros y de mandíbula cuadrada. Dio un par de zancadas, se acercó a la pelirroja y levantó la mano, cerrando el puño para golpearla en el rostro.

—Tú, zorra asquerosa...

De pronto, Anderson sintió que le tocaban en el hombro.

—Oiga, amigo.

El irascible sujeto se volvió. Graham le dio un papirotazo en la nariz.

—Eso no está bien —sonrió.

Anderson se llevó una mano al apéndice nasal.

—Tú eres el tipo que se peleó antes con dos amigos míos —dijo.

—Sí —admitió Graham.

—Los sorprendiste. Ahora será diferente.

De pronto, Anderson dio un paso atrás y metió la mano en el interior de la chaqueta.

—No quiero estropearme los nudillos —manifestó.

Graham pensó que el sujeto iba a sacar una pistola, pero estaba equivocado. En la mano de Anderson había aparecido una porra corta, de no más de veinticinco centímetros de largo por tres de grueso.

Era un arma formidable, un simple trozo de tubería, forrado de cuero. Pero un golpe bien asestado, aunque no se emplease demasiada fuerza, podía matar instantáneamente a una persona.

Graham reaccionó velozmente. Elevó la mano izquierda, atenazó la muñeca del sujeto y le dio un ligero golpe en la nariz. Los ojos de Anderson lagrimearon en el acto.

Acto seguido, agarró la cachiporra y se la arrebató de un seco tirón. Anderson se sentía desconcertado. Graham volvió a tocarle la nariz y el sujeto abrió la boca. Entonces, la cachiporra penetró profundamente en las fauces de Anderson, que emitió unos tartajeos ininteligibles.

Graham sonrió. Puso la mano izquierda en la cabeza del tipo, justo sobre la frente, y luego le dio una atroz palmada en el mentón, de abajo arriba. Se oyó crujido de dientes rotos.

Anderson empezó a dar saltos, a la vez que intentaba quitarse la cachiporra. Cuando lo consiguió, Graham lo agarró por el cuello de la chaqueta y los fondillos de los pantalones y lo empujó a todo correr hacia la puerta.

—¡Abre, Mattie!

—Con mucho gusto —respondió la pelirroja.

Había ocho o diez chicas contemplando la escena, además de un par de clientes. Las carcajadas estallaron fragorosas, acentuándose cuando Anderson, impulsado por un poderoso puntapié en las posaderas, voló por los aires hasta aterrizar en la explanada.

Anderson hizo un esfuerzo y se incorporó, barbotando amenazas, a la vez que espumeaba sangre por la boca. La cachiporra describió una veloz trayectoria, lanzada por la mano de Graham, alcanzó a su dueño en la frente y Anderson se desplomó sin sentido.

Graham volvió al despacho. Mattie le palmeó la espalda.

—Eres un ciclón, muchacho —dijo.

El guiñó un ojo.

—Aún no lo sabes bien —contestó.

Glynnis estaba muy pálida.

—Yo... Nunca me hubiera imaginado... ¿Acaso fue por eso que asesinaron a mi hermana?

—Estoy seguro de ello. ¿Piensa vender?

—¿Es un precio justo?

—Ni mucho menos. Pero la decisión es suya. No le gusta el negocio y no debe seguir, aunque tampoco debe vender por una miseria. Dejando de lado la «rentabilidad», la casa y las instalaciones valen, al menos, cincuenta mil dólares.

—Sí, pero si tengo que padecer...

—Glynnis, ¿quiere un consejo?

—Se lo agradeceré, Roy.

—Hable con las chicas. Prescinda de su profesión. Son seres humanos. Escuche sus opiniones, atienda sus sugerencias... y piense que a Effie la asesinaron canalllescamente.

—Lo haré —prometió Glynnis—. ¿Ha encontrado trabajo? Graham sonrió.

—Creo que sí. Nos veremos otro rato —se despidió.

Mattie aguardaba en el salón.

—Deberías quedarte —dijo.

—¿Para qué?

—Nos sentiríamos más seguras. Las cosas se han puesto muy feas en los últimos tiempos.

—Parece que la dueña del *Seven Stars* no quiere competencia, ¿eh?

Mattie hizo una mueca.

—¿Es Helen la dueña? —murmuró, escéptica.

—¿No es suyo el local?

—Escucha. Yo no sé gran cosa, pero hay alguien detrás de todo este asunto. Ellos le llaman el «Jefe», es todo lo que puedo decirte. Pero está dispuesto a quedarse con todo, ¿comprendes?

—No entiendo bien. Sun Plains es un pueblo medio muerto, en el desierto...

—El «Jefe» ha visto algo que cree puede valer mucho y quiere conseguirlo, a cualquier precio. Francamente, no nos gustaría trabajar para él.

—Otras sí trabajan en el *Seven Stars*.

Mattie hizo un gesto de desprecio.

—Si pudieran, se vendrían aquí —dijo.

Graham sonrió.

—¿Quién mató a Effie?

Ella enseñó las palmas de las manos.

—¿Quién podría decirlo? —contestó—. Pero más interesante que conocer a los que apretaron el gatillo, sería conocer al que ordenó esas dos muertes, ¿no te parece?

—Tienes toda la razón del mundo, encanto.

Graham se encaminó hacia la puerta. Mattie le acompañó.

—Ven otro rato —dijo.

—Claro, muñeca.

Anderson había desaparecido ya. Graham tendió la vista hacia el edificio que había al otro lado de la carretera, un poco hacia el centro del pueblo y a unos ciento cincuenta metros de distancia. Había un rótulo muy vistoso. Empezaba a anochecer y las luces se encendían y apagaban vistosamente.

—Sí, ése es el Seven Stars —dijo Mattie.

—Tengo curiosidad por conocerlo, pero antes prefiero llenar el estómago.

—Ve al restaurante de Joaquín Rubio. Se come de maravilla. Dile que vas de mi parte.

—Se lo diré, Mattie. Gracias por todo.

Graham descendió dos peldaños. De pronto, pareció recordar algo y se volvió.

—Mattie, cuida de Glynnis. Para ella, todo esto resulta nuevo —sonrió.

—No te preocupes —contestó la pelirroja.

* * *

Había cenado magníficamente y se aflojó un punto el cinturón. De pronto, vio venir a un hombre.

Devon Paige se sentó pesadamente al otro lado de la mesa. Parecía un hombre enormemente cansado. Incluso las grandes guías de su mostacho gris caían laciamente a los lados del mentón. Los ojos guiñaban casi de continuo detrás de los lentes con cerco de acero y de cristales levemente coloreados.

—¿Piensa quedarse muchos días, Graham? —preguntó.

—Estoy esperando que me den un empleo. Si lo consigo, me

quedaré una temporada.

Paige meneó la cabeza.

—Esto no anda bien —dijo—. Yo vine aquí hace algunos años, buscando tranquilidad. Me dieron el puesto, cuando se retiró el anterior comisario. Hasta hace algunas semanas, todo estaba muy tranquilo. De repente, empezaron los jaleos...

—¿No puede dominar la situación? —sonrió el joven.

—A veces, me siento muy fatigado. Si no fuese por el sueldo; es bueno y tengo casa gratis...

Graham miró con simpatía al comisario.

—¿Por qué no pide ayuda a la policía del Estado? —sugirió.

—No me harían caso. Éste es un asunto local. Hasta ahora, no se han infringido leyes estatales ni siquiera federales. Tengo que arreglármelas como pueda y, francamente, me veo abocado al fracaso. O quizá algo peor.

—¿Le han amenazado de muerte?

—No, pero lo presiento. Oiga, tengo cierta experiencia. Esto está organizado por alguien que permanece en la sombra. No me han amenazado de muerte, pero tampoco me han sobornado. Cuando una banda organizada quiere meter la mano en un pastel, lo primero que hace es tantear a los representantes de la ley, ¿comprende?

—Y a usted no le han dicho nada...

—Ni pío. Bueno, no sé por qué diablos le estoy contando todo esto. Usted es forastero y no debe de sentir interés por los problemas del pueblo. Dispense si le he molestado, Graham.

—Por favor, comisario...

Paige se puso en pie.

—¿Va a trabajar para Zoé Vangeland? —preguntó.

—He estado hablando con ella. Aún no hemos quedado totalmente de acuerdo.

—Graham, ¿cuál es su profesión?

El joven sonrió.

—Aunque no lo crea, soy doctor ingeniero químico y graduado en geología, además. Pero los tiempos no son muy buenos para los titulados.

—Sí, dicen que la Universidad es una fábrica de parados. De todos modos, en la mina siempre hacen falta un par de buenos

brazos.

—Quizá acepte ese empleo. Ya veremos.

Paige hizo un leve gesto con la mano y se marchó. Graham se acarició el mentón. De pronto, Paige le había recordado a alguien que había conocido en tiempos, pero no tardó en decirse que era una simple impresión visual. No, nunca había visto al comisario.

El dueño del restaurante se acercó y le sonrió amablemente.

—¿Ha cenado bien, señor Graham?

—Magníficamente, señor Rubio. Hacía tiempo que no comía tan bien. Se lo aseguro. ¿Qué le debo?

Rubio levantó una mano.

—Cortesía de la casa —dijo.

—¿Qué...?

El hombre bajó la voz.

—Es lo menos que se merece el hombre que ha zurrado a Anderson y a sus dos esbirros —dijo—. Ya tenía ganas de ver a alguien que le plantase cara, ¿comprende?

Graham entornó los ojos.

—Señor Rubio, ¿también usted tiene problemas con Anderson?

—¿Y quién no los tiene en este pueblo?

Alguien reclamó la atención de Rubio. El hombre se marchó. Graham se acarició la mandíbula pensativamente.

«Esto no va a ser fácil», murmuró para sí.

CAPÍTULO IV

Había luz en una de las ventanas del primer piso. Graham tanteó la pared. En cuestión de segundos, había alcanzado el alféizar. Sin hacer ruido, pasó el interior de la habitación y miró a su alrededor.

La puerta del baño estaba entreabierta. Se oía el sonido del agua al correr desde los grifos. Fue hacia la puerta, dio media vuelta a la llave y luego se acercó a una consola en donde había botellas y vasos.

La mujer salió a poco, anudándose el cinturón de una bata corta, de felpa. Todavía llevaba una toalla en torno a la cabeza.

Al ver a un inesperado visitante, se detuvo en seco.

—Eh, ¿qué está haciendo aquí? —exclamó—. No le he invitado y esta noche no tengo ganas...

Graham se volvió.

—Hola, Helen Boise —saludó.

Ella abrió la boca.

—¡Dios mío! Roy... ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo? ¿Es posible que no te hayas enterado de mi llegada? He hecho bastante ruido, me parece.

—¿Has sido tú?

—Yo mismo, en efecto.

Helen se mordió los labios.

—Dame un trago —pidió.

—Claro.

Graham esperó unos momentos. Helen bebió nerviosamente. Luego dijo:

—Roy, estoy aquí a la fuerza.

—No me digas —se burló él.

—Te lo juro. Es verdad. Me obligaron...

—¿Quién?

—Anderson lo sabe. Yo soy la dueña, pero en realidad, él es quien manda.

—Estás diciéndome que necesitan una dama de prestigio para dirigir el... negocio.

—Así es, aunque no lo creas. Pero si no fuera por...

—¿Por qué, Helen?

Ella le miró fijamente.

—¿Recuerdas el caso Harvey?

—Sí. Harvey fue asesinado, pero no se encontró al autor de la muerte. Oye, ¿no irás a decirme que tú...?

—No. Yo lo encontré ya muerto. Había una pistola en el suelo, a su lado. Me agaché y la recogí... y entonces, alguien impresionó una placa. Quise perseguir al fotógrafo, pero no lo alcancé. Roy, todos sabían que Harvey y yo estábamos peleados. Si enviaban la fotografía al fiscal, ¿qué me podía pasar?

—Te marchaste de la casa y nadie lo supo.

—No. Pero al día siguiente, recibí una fotografía de la placa. Desde entonces estoy atada.

—¿A... al «Jefe»?

Helen asintió.

—Sí. Pero no sé quién es. Y dudo mucho de que Anderson lo sepa. Pero me hace bailar como le da la gana...

—Helen, voy a otorgarte el beneficio de la duda. Con una condición.

—Sí, Roy.

—Ayúdame... y te ayudaré.

—¿Qué debo hacer? —consultó ella.

—Ya te lo diré, en el momento oportuno. Por ahora, debes callar, guardar silencio y no dar a entender que nos conocemos. ¿Está claro?

—Conforme, Roy.

—Supongo que no sabes quién mató a Effie y su contable.

—Vinieron de fuera. Ni los vi siquiera.

—Me lo imaginaba. Oye, ¿tiene Anderson un despacho abajo, cerca de algún tocadiscos de los que funcionan con monedas?

—Es el mío, pero él entra como si le perteneciese... ¿Por qué lo preguntas?

—Esta tarde, sobre las cinco, hizo una llamada a cierta casa. Había una máquina funcionando a todo volumen.

—Sí. Dijo que iba a hacer una llamada y me obligó a salir. Barry Brooks fue el que puso la gramola en marcha.

—Creo que tropecé con ellos a mi llegada —sonrió Graham—. ¿Cómo se llama el otro?

—Lex Simms. Tiene la muñeca enyesada, pero sabe disparar también con la mano izquierda.

—Lo tendré en cuenta.

Graham se dirigió hacia la ventana, pero, antes de salir, se volvió hacia la mujer.

—Helen, procuraré ayudarte —dijo.

Ella apretó los labios.

—Roy, yo...

—Es inútil. No sigas por ese camino —cortó él—. Me imagino que Destry Tratford tuvo algo que ver con el caso Harvey.

—Eso creo yo, pero... ¡hace tantos años que no sé de él!

—Cumplió una condena de dos años, salió de la cárcel y no se han vuelto a tener noticias suyas.

—Quizá lo asesinaron.

—Sí, es posible —convino Graham—. Un bloque de cemento en los pies, el mar... Adiós, Helen.

Graham se descolgó rápidamente por la ventana. El día había sido muy movido, se dijo. Necesitaba descanso.

El hotel estaba a unos cien metros. Cuando llegaba a las inmediaciones, vio a un sujeto que merodeaba en torno a su coche.

El hombre dio una vuelta completa en torno al automóvil. Miró luego a derecha e izquierda y se arrodilló, disponiéndose a tumbarse para situarse bajo la carrocería.

Algo brillaba en su mano derecha. Graham adivinó de inmediato sus intenciones.

El individuo apoyó ambas manos en el suelo y estiró las piernas hacia atrás. De repente, sintió que le tiraban de los cabellos.

El dolor resultó intensísimo y le hizo erguir el torso. Graham continuó sujetándole por los pelos con la mano izquierda. Luego, con la derecha, empezó a golpear el rostro del individuo contra la aleta del coche.

Sonó un rugido. Al tercer golpe, el hombre se desmayó.

—Una abolladura más, poco importa —sonrió Graham.

El objeto brillante yacía en el suelo. Graham se inclinó para examinarlo.

—Unos alicates. Cortaría un poco el tubo de freno y...

El circuito de frenos perdería el líquido y el coche acabaría estrellándose contra algún muro, se dijo.

Volvió la cabeza. Había muchas luces todavía en el Seven Stars.

—Vamos a rematar el día —sonrió.

* * *

Anderson sacó un pañuelo y escupió. Todavía salía sangre de la encía maltratada. Simms, en un rincón de la estancia, se tocaba de cuando en cuando el brazo enyesado.

—Debiera dejar que me encargase de él —gruñó, todavía escocido por la derrota.

—Espera, ya llegará el momento. Y más pronto de lo que te piensas. —Anderson volvió a escupir—. Rod Mills se encarga de quitarle de en medio. Si no se mata, tendrá para unas cuantas semanas de hospital.

—¿Sospechas de él? —preguntó Brooks.

—Puede que sea un vagabundo con ideas heroicas —respondió Anderson—. Pero puede que sea un detective. En todo caso, vamos a quitarle las ganas de meterse donde no le llaman. Es más, preferiría que la cosa quedase en un buen susto, cuando pise el freno y el coche siga rodando...

Repentinamente, se oyó un horroroso estrépito.

Simms chilló de pánico. Un cuerpo humano penetró con gran violencia a través de la ventana, llevándose por delante los cristales y la endeble armazón de madera. Anderson, sorprendido, no pudo esquivar aquel obús con figura de hombre y recibió el impacto en pleno pecho.

Cayó hacia atrás, chocó contra la mesa, la volcó y luego, él, su compinche y la mesa cayeron al suelo con aterrador estruendo.

Brooks sacó la pistola y corrió hacia la ventana.

Asomó medio cuerpo y alargó un poco el brazo. De repente, dos manos tiraron con fuerza de él.

Brooks gritó al atravesar la ventana en sentido contrario. Cayó al

pie, se revolvió, intentó levantarse y una rodilla le hizo desinteresarse súbitamente de todas las cosas terrenales.

En el interior de la casa, Helen, atraída por el ruido, abrió ¹ la puerta. Detrás de ella había unas cuantas chicas.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —gritó la mujer.

Anderson y Mills ofrecían un aspecto lastimoso. Mills, sobre todo, tenía la cara llena de sangre. Anderson blasfemaba obscenamente, tratando de salir de debajo del cuerpo que le impedía moverse.

De pronto, Helen se echó a reír. Las chicas rieron también estruendosamente. Fue un alud de carcajadas que estalló ruidosamente y que aumentó el furor de Anderson más todavía.

Al cabo de unos momentos, Helen agitó los brazos.

—Vamos, chicas, dejémosles solos. Nosotras tenemos trabajo —exclamó.

Pensó en Graham. Lo había hecho él, no cabía duda.

«Felicidades, Roy», pensó.

* * *

Estaba sentado en una silla, en su cuarto del hotel. Ya llevaba así tres días.

Apenas había salido del hotel, excepto para el almuerzo y la cena en el restaurante de Joaquín Rubio. Por el momento, parecía haber vuelto la paz. No se habían producido más incidentes.

Anderson no había vuelto por la «Casa de Reposo». En el Seven Stars todo parecía tranquilo y en orden.

Paige pasó por debajo de la ventana, caminando pesadamente bajo el sol abrasador. Graham lo vio entrar en la cantina de Johnny Stuart, un local pequeño, pero en donde se podía beber una excelente cerveza.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Era Glynnis.

—¿Puedo pasar? —consultó la chica.

Graham se echó a un lado. Glynnis llevaba gafas de color, pero se las quitó al cruzar el umbral. Tenía una figura sumamente atractiva. Vestía un traje a cuadros amarillos y blancos, de escote moderado, pero con los hombros parcialmente al descubierto. Sabía

ser elegante, se dijo el joven.

—¿Ocurre algo Glynnis?

—No, por ahora, todo sigue igual. Pero he oído algo que quizá pueda interesarle.

—Hable, por favor. Oh, siento no tener nada de beber...

—No se preocupe. Me lo dijo Mattie esta mañana. Ayer estuvo hablando con Pompey Ralston, quien le dijo algo acerca de los posibles asesinos de mi hermana.

—Interesante —contestó él—. Siga, se lo ruego.

—Pompey había bebido muchísimo y Mattie no pudo sacarle gran cosa. Eran dos tipos y su automóvil se quedó de pronto sin agua en el radiador, a unas veinticinco millas al este. Entonces fueron a pedirle ayuda a Pompey... Mattie dice que convendría que fuese usted a hablar con él en persona.

—¿Quién es el tal Pompey?

Glynnis sonrió.

—Parece que es uno de los pocos ejemplares vivos que quedan. De cuando en cuando, carga los dos burros que tiene y se lanza a recorrer el desierto, en busca de un yacimiento de oro. Tiene una cabaña a media milla de la carretera, junto a un pequeño manantial.

—Iré a verle en cuanto me sea posible. Pero ahora...

Graham se interrumpió de pronto. Una camioneta ligera acababa de detenerse frente al Seven Stars. Dos sujetos se apearon del vehículo y entraron en el local por una puerta lateral.

Glynnis se dio cuenta de que la atención del joven se había desviado y se acercó a la ventana. Graham extendió una mano.

—Quieta —dijo.

Estuvo así unos instantes y luego, de pronto, se encaminó hacia la puerta.

—Salga cuando yo me haya marchado, pero use la puerta posterior —indicó.

—¿Sucedé algo? —preguntó ella, aprensiva.

—Quizá.

Graham abandonó el cuarto y descendió a la calle. Buscó las zonas en sombra. Luego, con aire intrascendente, caminó hacia el Seven Stars, pero no llegó a entrar en el local.

Con aire displicente, encendió un cigarrillo. La camioneta era de

caja descubierta y había en ella unos bultos, tapados con una vieja lona, sucia y manchada.

Graham oteó los alrededores. El sol pegaba de firme. No se veía un alma por la calle.

De pronto, alargó una mano y levantó la lona. Se preguntó qué podían contener aquellas cajas de madera, que tenían todo el aspecto de los embalajes de latas de conserva.

Pero no podía soñar en abrirlas, ni siquiera en aquellos momentos. Lo intentada más tarde, cuando encontrase una ocasión propicia para ello, decidió.

Al cabo de un rato, se dirigió al Effie's.

Mattie la pelirroja le vio de lejos y salió a su encuentro.

—¿Cuándo subes a mi cuarto a tomar una copa? —solicitó.

Graham sonrió y acarició la mejilla de la mujer.

—Otro rato —contestó, evasivo—. Ahora quiero hablar con Pompey Ralston.

—Lo siento, se marchó hace una hora o cosa así.

—¿Ha pasado la noche aquí?

Mattie soltó una risita.

—Se emborrachó como una cuba —dijo—. Tuvimos que acostarle entre varias de nosotras. Vino a divertirse, pero el alcohol le pudo.

—Ya. —Graham sonrió—. Bueno, iré a verle a su cabaña otro rato.

Mattie volvió la cabeza.

—¿No quieres hablar con Glynnis?

—¿Qué dice la chica?

Mattie suspiró.

—Me gustaría tener un poco más de dinero, para comprarle el negocio —contestó—. La Casa de Reposo da mucho beneficio, Roy.

—Bueno, dale algo a cuenta y luego, periódicamente, vas abonando el resto...

—Esperaré. Los tiempos no son buenos para invertir, Roy.

—Vendrán tiempos mejores —vaticinó él.

—Sí, días tranquilos de sol y calma.

—Exacto. Adiós, Mattie.

—Adiós, Roy.

CAPÍTULO V

El coche rodaba lentamente por el camino que ascendía con gradual pendiente hacia las lejanas colinas. En el desierto, todavía de noche, hacía mucho frío. Zoé, arrebujada en un chaquetón forrado de piel de cordero, no acababa todavía de comprender las prisas de su acompañante.

—Aún no son las cuatro de la madrugada —se quejó.

—Yo me he pasado la noche en vela —respondió él—. Hay una camioneta sospechosa. Vinieron dos tipos. He podido averiguar que son forasteros. Se quedaron en el Seven Stars, pero la camioneta fue encerrada en el garaje. Y no pude acercarme, porque uno de ellos permaneció también de guardia durante toda la noche. Aunque tuvo más suerte que yo, porque su compañero le relevó parte del tiempo.

—¿Y qué sospecha usted?

—Quizá haya cometido un error y estemos haciendo un viaje inútil, pero, me parece, reponer el sueño perdido es barato.

—Supongo que sabe lo que se hace, Roy.

—Yo también lo espero así.

—Es decir, no está seguro...

—Antes de que termine el día lo sabremos.

Zoé se asombró.

—¿Hemos de estar aguardando todo el día?

—Bueno, probablemente, lo intentarán mucho antes. ¿Cuánto nos falta?

—Oh, un par de millas...

Graham volvió la cabeza un instante. Aunque todavía era de noche, hacia el Este, sin embargo, se divisaba una tenue línea de luz.

Casi sin darse cuenta, alcanzaron el punto más alto y divisaron

las luces de la mina, en el fondo de una hondonada, a unos quinientos metros de distancia. Graham frenó la marcha del vehículo, miró a derecha e izquierda y, al divisar la grieta que era el cauce de un río en la época de lluvias, metió el coche allí sin vacilar.

Cien metros más adelante del cauce hacía un pronunciado recodo. Una vez estuvieron al otro lado, frenó y cortó el contacto.

—Final de trayecto —anunció.

Zoé se bajó también. Graham estaba junto al maletero de su coche. Estupefacta, vio que sacaba un objeto compuesto de varias piezas, que montó rápidamente. Entonces supo que se trataba de un fusil de caza, con mira telescópica.

—¡Cielos! ¿Es que hemos venido a la guerra? —exclamó.

Graham vestía una vieja casaca militar, de color verde. Echó en los bolsillos dos cajas metálicas, aplanadas, de color negro, y luego sacó también una cantimplora del Ejército.

—Vamos a buscar un buen sitio para la observación —dijo.

Miró frente a sí y empezó a trepar por la pared de la grieta. Zoé, aunque perpleja, acabó por seguirle. Minutos después, quedaban en un punto desde el que dominaban la ruta que conducía a la mina.

La luz del día crecía rápidamente. Graham divisó unos arbustos espinosos, situados a cincuenta o sesenta metros del camino, y se tendió al pie.

—Puede dormir, si quiere —dijo él—. No sabemos cuándo vendrán.

—¿Quiénes?

—¿No le dijeron algo sobre cohetes de guerra?

Zoé se puso una mano en la boca.

—¿Usted cree...?

Graham señaló hacia las instalaciones de la mina.

—Un par de cohetes pueden hacer mucho daño —respondió—. Imagínese que alcanzan el castillete del montacargas.

O le destrozan el almacén de pertrechos. Hay también un generador, con un depósito de miles de litros de combustible, creo.

—Es cierto —dijo ella—. Pero sería monstruoso...

—Por lo que he podido apreciar, para ellos sería la cosa más natural del mundo.

Zoé guardó silencio. Desmadejada, se sentó sobre los talones y

puso las manos sobre las rodillas.

—Entonces, debemos esperar —murmuró.

—Por el momento, no veo otra solución —dijo Graham.

* * *

El sol era una bola de fuego sobre el horizonte. Abajo, en la hondonada, reinaba una actividad frenética. Zoé, con la cabeza apoyada en un brazo, el rostro cubierto por su sombrero de fibra, dormitaba apaciblemente.

Graham aguardaba con estoicismo. Eran ya más de las diez de la mañana y aún no había ocurrido nada.

De pronto, creyó oír el distante sonido de un motor. Enfocó los prismáticos hacia el lugar de donde procedía el ruido y divisó un vehículo que se dirigía hacia la mina.

Observó casi un minuto y luego tocó en el costado a Zoé.

—Despierte —dijo—. Ya están ahí.

Ella se sentó en el acto.

—¿Seguro?

—Es la misma camioneta que llegó ayer por la tarde. Han terminado de recibir instrucciones, asestarán el golpe y se marcharán inmediatamente, sin pasar ya por el pueblo. Y nadie sabrá quién ha sido ni cómo lo hizo, ni... Bueno, ése es el plan que nosotros vamos a estropear —añadió el joven con una risita.

La camioneta se detuvo poco después, en la contrapendiente. Dos hombres se apearon en el acto y corrieron hacia la caja, en donde hicieron unas extrañas operaciones. Al cabo de un rato, se separaron del vehículo y se dirigieron hacia la cresta.

—Lo que me suponía —dijo Graham—. Llevan un lanzagranadas y algunos proyectiles de repuesto.

—¡Dios mío, pueden causar una catástrofe! —Se aterró la joven.

—Es lo que pretenden hacer —contestó él tranquilamente—. Pero para algo estamos aquí, ¿no?

Zoé temblaba de pies a cabeza. Llena de espanto, le vio tenderse en el suelo y, tras mover el cerrojo del arma, tomar puntería con todo cuidado.

Los dos sujetos encontraron al fin el lugar adecuado. El portador del lanzagranadas se arrodilló detrás de un pedrusco situado al

borde del camino. El otro llevaba una especie de maleta, que abrió inmediatamente.

La granada fue introducida en el tubo. El tirador apoyó el arma en el pedrusco, para fijar mejor la puntería. Junto a él, su compañero tenía una segunda granada, lista para ser disparada inmediatamente a continuación de la primera.

En el mismo instante, Graham hizo fuego.

La mira telescópica le hizo conseguir una puntería perfecta, alcanzando el blanco elegido. El proyectil dio en el tubo lanzagranadas, cerca de la boca, y lo hizo girar violentamente hacia la izquierda.

En el mismo instante, el tirador accionaba el contacto eléctrico. La granada partió aullando hacia un lugar inofensivo. Por la parte posterior del tubo brotó un feroz chorro de llamas que alcanzó de lleno a su compinche.

A trescientos metros de distancia, se elevó un cono invertido de humo y polvo, del que partió una fragorosa explosión. Todos los hombres de la mina que se hallaban en el exterior volvieron la cabeza instantáneamente al oír el estampido de la explosión.

El tirador, atónito, no sabía qué había podido pasar. A cuatro pasos de distancia, su compinche, con el rostro abrasado, daba unos saltos espantosos, a la vez que emitía unos sonidos inarticulados, que ponían los pelos de punta.

De súbito, el tirador arrojó el tubo, se puso en pie y trató de echar a correr. Una bala le atravesó el hombro izquierdo y, después de hacerle dar una voltereta completa sobre sí mismo, cayó al suelo, en donde quedó, quejándose lastimeramente.

Graham se puso en pie.

—Vamos.

Zoé, todavía temblorosa, le siguió. Graham llegó junto a los dos forajidos y se acercó al herido, que parecía hallarse sumido en un total desconcierto.

Sonriendo, se inclinó sobre él y le quitó una pistola que tenía bajo la chaqueta.

—Seguramente, conseguiste experiencia en Vietnam, ¿no?

—¡Roy, viene gente de la mina! —gritó Zoé de pronto.

—Es lógico —contestó él.

Dio media vuelta y se acercó al otro sujeto, que ya había dejado

de moverse. El rostro del hombre aparecía espantosamente quemado.

—¿Ha muerto? —preguntó ella, sin mirar siquiera al caído.

—No suele ocurrir, aunque, desde luego, el rebufo del disparo hace mucho daño, si no se está atento —explicó él—. Pero el tipo, me imagino, debía de tener la boca abierta y la llamarada le abrasó los pulmones.

—¡Dios mío! Eso es... horrible...

Graham se volvió hacia la joven.

—Ahí abajo pudieron haber muerto algunos inocentes. Cambie sus vidas por la de este asesino —contestó duramente.

Ella bajó la cabeza.

—Lo siento...

—Más lo sentirán otros. Bueno, al menos, tenemos un prisionero. Quizá nos diga algo, después de que lo hayamos encerrado en la cárcel.

La gente de la mina corría ya hacia allí. Se extrañarían de verle junto a Zoé y con un rifle.

—Cuando lleguen, dígales que soy un geólogo, que iba a explorar los alrededores —indicó rápidamente. Quitó la mira telescópica y la guardó en uno de los amplios bolsillos de la chaqueta de campaña—. Y el fusil es suyo, ¿entendido?

Zoé era inteligente y comprendió en el acto.

—Les vimos que iban a atacar la mina y usted lo impidió —dijo.

—Exactamente lo mismo que oír a Paige —concluyó Graham.

* * *

Durmió unas cuantas horas. Luego fue a la Casa de Reposo y se entrevistó con Glynnis.

—He oído algo sobre un tiroteo en la mina —dijo la joven.

—Sí, hubo un muerto y un herido. Éste ha ido a la cárcel —contestó Graham—. Glynnis, ¿le importaría acompañarme a la cabaña de Ralston?

Ella vaciló un poco.

—El caso es... Bueno, estaba repasando los libros de cuentas... ¿Por qué no se lo pide a Mattie Lang? Ella conoce a Pompey y podría influir en el viejo para que le dé los informes que desea.

—Está bien, como usted diga.

—Iré a llamarla —se ofreció Glynnis.

Graham buscó una botella y se sirvió un trago. Por un momento, se dijo que la actitud de Glynnis era un tanto extraña, pero, a fin de cuentas, si pensaba vender el negocio, parecía lógico que quisiera conocer a fondo el estado financiero.

Un cuarto de hora más tarde, apareció Mattie, con una blusa de color amarillo vivo, sombrero de paja cónico, atado a la barbilla por una ancha cinta, y unos ajustadísimos pantalones a cuadros azules, rojos y verdes. Además, llevaba unos zapatos con tacones de diez centímetros y a Graham le pareció imposible que la pelirroja pudiera mantener el equilibrio con aquel calzado.

—Lista, campeón —exclamó Mattie alegremente.

Glynnis les despidió en la puerta.

—Cuéntenme lo que les dice Pompey en seguida —pidió.

—Descuide —respondió él.

Mattie echó a andar hacia el coche. Graham se preguntó cómo había podido meter la mitad inferior del cuerpo dentro de aquellos pantalones. En cualquier momento, la tela saltaría en mil pedazos y ella quedaría desnuda de la cintura para abajo.

Abrió la portezuela. Mattie arrugó la nariz al contemplar el raído tapizado del coche.

—Cualquier día vas a ganar el primer premio de coches veteranos —dijo, mordaz.

—Hijita, cada uno tiene el vehículo que puede. Y gracias que tengo éste...

—En cualquier momento, se deshará y nos encontraremos sentados en medio de la carretera. ¿Llegaremos a la cabaña de Ralston? —dudó la pelirroja.

—Me ha traído de San Francisco —respondió él.

Accionó el arranque y el motor se puso en marcha. Pisó el acelerador, hizo girar el volante y enfiló la carretera.

Desde la ventana de su despacho, en el Seven Stars, Anderson movió una mano.

—Barry, Rod, síganlos —ordenó—. Si se les presenta la ocasión, elimínenlo.

—¿Y ella?

—El mundo no perderá nada con la falta de esa puta —contestó

Anderson brutalmente.

CAPÍTULO VI

Era una completa sorpresa encontrar aquella especie de oasis a poco menos de mil metros del camino, en una hoya donde, con gran contraste con el terreno circundante, crecían una veintena de álamos y había un trozo de tierra completamente cubierto de hierba, cuya extensión no bajaba de las cinco o seis hectáreas. La fuente nacía en un grupo de rocas situada en una ladera, corría medio centenar de metros y se embalsaba en un transparente estanque de unos veinticinco o treinta metros de diámetro. El sobrante corría a lo largo de la pendiente durante casi doscientos metros, hasta que era despiadadamente absorbido por el suelo árido y quemante.

La cabaña, aunque vieja, ofrecía un buen aspecto. Los burros que utilizaba el buscador de oro para sus correrías por el desierto pacían la hierba, maneados para que no se alejasen demasiado. Cuando Ralston vio a la pelirroja, lanzó un estentóreo alarido de júbilo y corrió a buscar una botella y tres potes de estaño.

—Es una visita que no me esperaba en absoluto —declaró—. Vamos a tomar un poco de juego de tarántulas, chicos.

Ralston era un hombre que andaba por los sesenta años y que parecía tener en la cara cuero curtido en lugar de piel. Guiñaba continuamente los ojos, como consecuencia de la costumbre adquirida durante largas permanencias en el desierto y tenía los dientes manchados de amarillo. Seguramente, aún mascaba tabaco, pensó Graham.

Mattie hizo las presentaciones. Graham se llevó a los labios el pote de estaño. Con gran sorpresa, descubrió que era *whisky* del bueno y no aguardiente de sesenta grados como había esperado.

—Estupendo jugo de tarántulas —sonrió.

—Me gusta lo bueno —rió Ralston—. Nunca me falta un puñado de dólares para pagarme ciertos gustos.

Palmeó varias veces las prominentes caderas de la pelirroja y volvió a reír.

—Aunque anoche tuve que conformarme solamente con la bebida —añadió.

Mattie lanzó una estruendosa carcajada.

—Pompey, el próximo día, te tendré a dieta de licor —prometió.

—Señor Ralston, ¿se encuentra todavía oro en el desierto? —inquirió el joven.

—Oh, sí, sólo que es preciso saber dónde está. La última vez, conseguí oro por valor de casi tres mil dólares. Por eso me estoy tomando ahora unas vacaciones. Cuando se me acabe, cargaré los burros y...

—Pompey, Roy quiere hacerte unas preguntas sobre los tipos que te pidieron agua hace seis semanas —dijo Mattie, cortando la desenfrenada verborrea del sujeto—. Llegaron aquí por la tarde del día en que fueron asesinados Effie y su contable.

Ralston fijó la vista en el joven.

—¿Tiene interés en ese asunto, muchacho?

—Un poco, señor Ralston —admitió Graham.

El viejo movió una mano.

—Llámame Pompey y de tú —indicó—. Sí, eran dos tipos que no me gustaron en absoluto. Pero no se le puede negar agua al que está en un apuro y menos en estos parajes.

—Comprendo. ¿Recuerdas su aspecto?

—Sí. Uno alto y el otro algo más bajo y un poco rechoncho. El alto tenía la cara chupada y una cicatriz en el pómulo izquierdo, en forma de ángulo con el vértice hacia abajo. Le llegaba desde el puente de la nariz hasta muy cerca de la sien. Debieron darle en tiempos un buen golpe.

—¿Y el más bajo?

—Ése no tenía señales a la vista, pero usaba una sortija de oro, muy grande, con una piedra enorme. No creo que fuese legítima; de lo contrario, valdría una fortuna... Ah, y también llevaba cuatro o cinco dientes de oro. Las ropas eran buenas, caras... pero —Ralston lanzó una risita burlona—. Vinieron aquí, recorrieron menos de mil metros y ya parecían aspeados y derrengados.

—Seguramente, no harían comentarios sobre los motivos de su viaje —observó Graham.

—No, ni siquiera dijeron adónde se dirigían. El hecho de que su apariencia no me gustara no impidió que me portase con ellos como un buen samaritano. Necesitaban agua, se la di y... Ah, sí, quisieron pagármela y me ofrecían veinte «pavos», pero rechacé su dinero. No, señor; no se debe cobrar por dar de beber al sediento... aunque el sediento sea un automóvil —acabó Ralston con una estentórea carcajada, seguida de un atroz pellizco a las atractivas caderas de la pelirroja.

Mattie chilló y saltó a un lado.

—¡Las manos quietas, vejstorio!

Pero reía también, evidentemente halagada por el interés del buscador de oro. Graham sonrió.

—No sé cómo darte las gracias, Pompey...

—Oye, Roy, Glynnis dijo que tú también eras geólogo o algo por el estilo —exclamó Mattie de pronto.

—Pues sí...

—Pompey, enséñale el pedrusco que llevabas anoche en la ropa —pidió la pelirroja.

—Lo tengo adentro —manifestó Ralston—. Espera un momento, muchacho.

El viejo entró en la cabaña. Mattie se acercó al estanque.

—Roy, ¿sabes?, si en estos momentos no estuviera Pompey en casa, aquí, me quitaría todas las ropas y me tiraría de cabeza al agua, desnuda como me parió mi madre.

—Puedes hacerlo —contestó Graham—. Volveré la cabeza...

—Es que entonces —ella se volvió para mirarle incitantemente —, tú me acompañarías. Y luego, a la salida, sobre la hierba...

—Mattie, no estamos aquí para soñar fantasías eróticas.

Ella suspiró.

—Eso es lo malo: sólo son sueños —dijo.

Ralston salió de la cabaña, con un pedrusco en la mano. Graham lo examinó durante unos segundos y luego miró al sujeto.

—Pompey, no puedo decir nada, sin hacer un examen más a fondo —declaró.

—Tengo experiencia —respondió el viejo—. Hay oro en esa muestra.

—¿Me la puedo llevar?

—Claro. Tengo más...

—De momento, con ésta será suficiente. Ya te diré algo pronto, Pompey.

Ralston les guiñó un ojo.

—No tardes, Roy. Mattie, encanto...

Ella le besó en la frente.

—Tenemos que irnos, Pompey.

Luego se volvió con cierta rapidez. Para ir allí, había llevado unas gafas de color, que se había quitado al hallarse en la sombra de la cabaña. Fue a ponérselas, pero se le cayeron al suelo y se inclinó bruscamente para recogerlas.

Fue un movimiento demasiado veloz. Una tela se rasgó sonoramente. Ralston estaba justamente detrás y lanzó una atroz carcajada.

Graham se echó a reír también. Mattie se incorporó, con una mano en la parte posterior. El pantalón se había abierto por el centro casi completamente.

Los dos hombres reían atronadoramente. Ella, al principio, se había puesto colorada. Luego acabó por unirse a las risas, comprendiendo que la culpa era suya.

—¿Quieres unos pantalones viejos míos? —ofreció Ralston—. Están llenos de remiendos, pero te taparán el trasero.

—No importa. Total, vamos a ir en coche de aquí a la casa...

Graham la empujó hacia el automóvil.

—Ha sido una bonita diversión —dijo.

—Si no hubiera estado Pompey, aún habría resultado mucho mejor —contestó ella ardientemente.

—Tal vez un día...

Subieron al coche. Graham agitó la mano y arrancó. La marcha era forzosamente reducida, debido al mal estado del camino. Un poco más adelante, Mattie le hizo una pregunta:

—Roy, ¿conoces a los tipos descritos por Pompey?

—No estoy seguro... pero un amigo mío sí los conocerá.

—Comprendo.

Ella sacó cigarrillos, encendió dos y le pasó uno. Poco más tarde, salieron a la carretera y emprendieron el regreso a Sun Plains, a veinte millas de distancia.

Un minuto después, Graham, al mirar por el retrovisor, divisó un coche que se les acercaba a toda velocidad.

* * *

Barry Brooks conducía el coche. Lo mismo que su compinche Rod Mills, sentía el ciego deseo de tomarse el desquite. Anderson les había proporcionado la ocasión y no pensaban desaprovecharla.

—Voy a ver si les perforo una rueda. Será más fácil cuando se paren —dijo Mills.

—Muy bien —contestó el otro.

Mills sacó medio cuerpo fuera de la ventanilla y apuntó cuidadosamente con la pistola. Graham lo vio por el espejo y golpeó violentamente el coche hacia la izquierda.

—¡Roy!, ¿estás loco? —chilló Mattie.

—Nos tirotean —contestó él serenamente.

Sonaron un par de disparos más. Brooks, furioso, pisó el acelerador a fondo.

—Me pondré a su altura —anunció.

Mattie se había vuelto y advirtió la maniobra.

—¡Se nos acercan! —gritó, aterrada—. Con este cacharro no podremos.

—Tranquila, nena —dijo Graham—. Ahora vas a ver lo que es bueno.

El pie derecho empujó el pedal hacia abajo. Mattie se sintió lanzada hacia atrás. Con ojos enormemente abiertos, notó el tremendo acelerón que daba el coche. La inercia la aplastó contra el respaldo de su asiento.

—Di... os mío... ¿Qué es esto?

Brooks estaba ya acercándose al coche de Graham, cuando, de pronto, creyó que el suyo se había parado. Antes de que pudiera darse cuenta cabal de lo que sucedía, el automóvil perseguido se alejaba con la velocidad de un proyectil.

—¡Cristo! ¿Qué ha pasado ahí?

A Mills le colgaba la mandíbula inferior, la boca abierta en un gesto de absoluta estupefacción. En menos de treinta segundos, habían perdido de vista al coche de Graham.

Brooks lanzó un vistazo al velocímetro. Iban a ciento cincuenta

por hora y les parecía estar parados.

Mattie cerró los ojos.

—Esto no es posible... Estoy soñando...

Graham sonreía socarronamente.

—Las apariencias engañan —dijo—. El collar es viejo, pero el perro es joven y robusto. Mira aquí, por favor.

Ella obedeció. Vio la indicación del velocímetro y se puso pálida.

—¡Trescientos veinte! No, no es posible...

El peligro había pasado. Graham redujo el gas.

—A veces, conviene disponer de un pequeño remanente de velocidad —explicó.

—Voy a decirte una cosa, Roy.

—¿Sí, dulzura?

—No se lo diré a nadie, no se lo creerían.

Graham se echó a reír.

—Por fortuna, no nos vio ningún policía de carretera. Si no, nos habría dicho lo que le dijeron a aquel hombre que negó ir demasiado aprisa. «No le arrestamos por correr demasiado, sino por volar muy bajo».

—Es cierto, volábamos bajo... pero no lo repitas más conmigo a tu lado, ¿eh?

—Descuida, encamo.

Mattie no se había recuperado todavía cuando llegaron a la Casa de Reposo.

—Voy a tomarme un café bien cargado —anunció—. Luego me meteré en la cama...

Graham agitó una mano.

—Gracias por la compañía, hermosa. Saluda a Glynnis de mi parte.

Arrancó de nuevo y buscó la droguería del pueblo, donde iba a comprar ciertas cosas que estimaba le eran necesarias.

* * *

Graham se apeó del coche y caminó hacia la puerta de la casa. Bajo el gran farol de la entrada, Zoé componía una estampa llena de atractivo, vestida con un trajecito veraniego que moldeaba a la

perfección su esbelta figura. Sus ojos contemplaron con curiosidad la maleta de madera que el joven llevaba en la mano derecha.

—Ahora no hay nadie en la cocina —dijo—. Pero ¿por qué...?

—No he creído conveniente ir a la cocina de

Effie's,

y tampoco se lo podía pedir al dueño del hotel. Por otra parte, procuraré evitar los estropicios.

—Desde luego. Venga. Los sirvientes se han retirado ya. Estaremos solos.

—Gracias. Sé que será discreta, sobre todo, porque tal vez esto que voy a hacer pueda tener interés para usted.

—Esperemos que sea así —sonrió la joven.

Zoé le condujo a la cocina. Graham abrió la maleta y empezó a sacar algunos objetos, que intriguaron sobremanera a la muchacha.

—Y, además, aquí puedo trabajar con absoluta discreción —agregó él, cuando ya colocaba los instrumentos encima de una tabla de mármol.

—Tengo café. ¿Le apetece una taza? —invitó ella.

—Encantado.

Graham se puso al trabajo inmediatamente. Empleó un pequeño martillo, un mortero para pulverizar parte de la piedra, un microscopio, ácido...

Una hora más tarde, levantó la cabeza y fijó la vista en el hermoso rostro de Zoé.

—Altamente positivo —dijo.

—Positivo, pero... ¿qué?

—Tengo que recoger más muestras. Haré que Ralston explore en una zona que le marcaré debidamente en el plano, para que recoja muestras en una extensión aproximada de diez millas de largo por dos de ancho. Pero ésta... —Graham tocó con el índice los restos del pedrusco—, puede dar de tres a cuatro mil dólares por tonelada de mineral. Oro, naturalmente.

Zoé se sentó en un taburete.

—No —dijo en voz baja.

—Al menos, en la muestra examinada, he sacado la proporción adecuada a esa cifra. No hay duda alguna, Zoé; no tengo ningún motivo para engañarla.

Ella asintió lentamente.

—¿Puedo saber quién le ha dado la muestra, Roy?

—Claro. Pompey Ralston. El hombre se ha pasado la vida pateando el desierto y creo que ya es hora de que consiga el premio a tantos años de espera —contestó Graham.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Zoé abrió la boca para decir algo, pero un ruido extraño la interrumpió antes de hablar.

La distancia era relativamente corta y la quietud de la noche permitía la fácil propagación de los sonidos. Graham y Zoé oyeron claramente el disparo que sonaba hacia el centro de Sun Plains.

CAPÍTULO VII

Los dos jóvenes se miraron unos segundos. Casi en el acto, se oyeron gritos de alarma. Luego llegó el bramido de un coche que aceleraba brutalmente.

—¿Se puede ver algo desde las ventanas delanteras? —preguntó él.

—Sí, un poco...

Graham corrió hacia el salón. Desde allí se divisaba la ciudad, llena de luces. También podía ver parte de la carretera, por la que, en aquellos momentos, corría un automóvil a toda velocidad.

Las luces del vehículo disminuyeron de tamaño. Graham lo siguió con la vista, hasta que vio los faros rojos perderse en las tinieblas. Del pueblo llegaban rumores de voces que parecían muy excitadas.

—Creo que lo mejor será que vaya a ver —dijo él.

—Llámeme en seguida —solicitó Zoé.

—Descuide.

Graham recogió rápidamente todos los elementos de análisis, cerró la maleta y salió de la casa. Pocos minutos más tarde, entraba en el pueblo.

Había un grupo de gente frente a la oficina del comisario. Graham se abrió paso a viva fuerza y entró en el edificio.

Paige estaba sentado en una silla, atendido por un hombre que vestía ropa de noche, con una bata. Al ver a Graham, Paige emitió una sonrisa desvaída.

—Me sorprendieron como un chiquillo de pocos años —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el joven.

—Entró un hombre y me golpeó inesperadamente en la cabeza. Caí al suelo atontado, aunque no había perdido del todo el

conocimiento. Sentí que me quitaba las llaves, pero no tenía fuerzas...

—Se ha llevado al prisionero —adivinó Graham.

—Sí. Yo me recuperé un poco y salí arrastrándome cuando el coche ya arrancaba... Disparé un tiro, pero volví a caerme...

—Comisario, será mejor que cierre el pico —dijo el doctor Cleves—. Ahora se meterá en la cama, le daré un sedante y dormirá doce horas de un tirón. No es más que un chichón, pero merece la pena tomárselo en cuenta.

—Sí, doctor... —Paige miró lastimeramente a Graham—. No sabe cuánto lo siento...

El joven agitó una mano.

—Está usted vivo y eso es lo que importa. ¿Sabe si hay alguno que haya visto detalles de los fugitivos?

—Pregunte ahí fuera —indicó Paige.

Graham lo hizo así, pero no obtuvo el menor resultado. La calle estaba desierta en el momento del asalto. La gente sólo había salido de sus casas al oír el disparo de Paige. Algunos habían visto el coche en huida, pero ya demasiado lejos para captar detalles.

No era mucho, se dijo el joven amargamente. Claro que, ¿podía esperarse otra cosa de un comisario maduro y sin ilusiones?

Demasiado había hecho Paige y aún debía dar gracias por seguir con vida, se dijo, mientras regresaba al hotel.

Desde su habitación, telefoneó a Zoé y le contó lo que había sucedido.

—Parece que se ayudan entre sí —comentó la muchacha.

—Es lógico. Al «Jefe» le interesa que sus subordinados estén contentos, que vea que los ayuda. No se mantiene la fidelidad de las personas solamente con dinero.

—Eso es cierto. Tenga cuidado, Roy.

—Gracias, buenas noches.

* * *

Ralston se sorprendió de que Graham fuese a visitarle poco después de amanecer.

—He venido a desayunar contigo —sonrió el joven.

—Tengo huevos, tocino, tortas de harina, compota de frambuesa

y café. La compra es de conserva. Cuando yo era pequeño, la hacía mi madre, que en gloria esté —suspiró el buscador de oro—. No se pueden comparar, créeme.

—Estoy seguro de ello —contestó Graham.

Desayunaron tranquilamente, sin prisas, callados, concentrados en la labor de alimentarse. Graham hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una comida al aire libre, debajo de un sombrero de cañas y junto al césped refrescantemente verde. Ralston, por su parte, no le hizo ninguna pregunta y se ocupó de servir el desayuno rápida y diestramente.

Al terminar, Ralston sacó una vieja pipa y Graham se puso un cigarrillo en la boca.

—He traído un mapa —dijo—. ¿A qué distancia encontraste las muestras, Pompey?

Ralston hizo una mueca.

—Unas quince millas, hacia el noroeste —respondió.

Graham desplegó el mapa sobre la mesa. Ralston señaló con una cruz el punto aproximado donde había encontrado el cuarzo.

—En algunos sitios tuve que cavar —dijo.

Graham calló un rato. Luego sacó un lápiz y marcó una especie de recuadro.

—Pompey, voy a pedirte un favor. Sal inmediatamente con los burros y explora durante tres o cuatro días. Toma en distintos lugares del área que te he señalado. Yo vendré a verte o también podemos unirnos en la Casa de Reposo. Si es así, llámame al hotel o al restaurante de Joaquín Rubio.

Ralston asintió, dando frecuentes chupadas a la pipa.

—Muy bien, lo haré. ¿Crees que hay posibilidades de éxito?

—Si la muestra que me diste ayer hubiese pesado una tonelada, habríamos conseguido, al menos, tres mil dólares.

Graham se sintió decepcionado. Ralston no mostraba la menor alegría. Se mantenía perfectamente sereno, sin las estruendosas demostraciones de júbilo que había esperado. Pero, al mirarle, vio un intenso brillo en sus ojos y supo que el veterano buscador de oro se sentía intensamente satisfecho del hallazgo.

—Sólo encuentro un inconveniente —dijo Ralston al cabo.

—¿Cuál, Pompey?

—El extremo noroeste del área marcada entra en tierras que

tienen dueño.

—No te preocupes. Haz lo que te digo. Todo saldrá bien.

—Entonces, voy a empezar a prepararlo todo ahora mismo.

No hubo más palabras. Graham volvió al coche y regresó a la ciudad, deteniéndose frente a Effie's.

La puerta estaba cerrada y llamó con los nudillos. A los pocos momentos, una chica, con los ojos cargados de sueño y el cabello en desorden, abrió una rendija y se quejó:

—Todavía es pronto. El bar aún no está abierto, buen mozo.

—No he venido a beber. Quiero hablar con la propietaria.

—Oh...

La chica bostezó y se echó a un lado.

—Ella debe estar aún en su habitación. Sube, es la última a la derecha.

—Prefiero aguardarla en el despacho.

—Como quieras.

Graham fue al despacho y se sentó tras la mesa de trabajo. Pensativo, encendió un cigarrillo. Así le sorprendió Glynnis, que apareció a los pocos momentos, atándose el cordón de la bata.

—Dispense, anoche me acosté tarde...

Sin levantarse, Graham estudió su expresión durante un segundo.

—¿Tuvo trabajo?

Glynnis se ruborizó.

—Un poco —repuso.

—Ya. ¿Han vuelto a molestarla?

—Por ahora, no. Parece que han desistido de comprar el local.

—Le satisface, supongo.

—Claro —sonrió ella—. ¿Quiere algo de beber?

—Es muy pronto todavía, gracias. ¿Están todas las cuentas en orden?

—Sí. Únicamente falta la decisión del juez. Entonces podré disponer de la cuenta del banco de mi hermana. Seguramente, hoy o mañana me darán los documentos pertinentes.

Glynnis parecía sentirse un tanto incómoda.

—Effie tenía más de sesenta mil dólares ahorrados —agregó.

—Una bonita suma. Inviértala, sáquele un interés apropiado.

—Además...

—¿Sí?

—Encontré documentos en la caja fuerte. Effie hizo un préstamo a la propietaria de la mina.

Las cejas de Graham se arquearon en el acto.

—¿Un préstamo?

—Sí. Cien mil, al doce y medio por ciento.

—No sabía que la señorita Vangeland estuviese pasando apuros —observó Graham.

—No le prestó el dinero a la joven, sino a la vieja. El préstamo vence la semana próxima, el viernes, a mediodía.

—Y si no lo pagan, usted podría quedarse con la mina.

Glynnis hizo un gesto.

—Es lo corriente en esa clase de negocios, ¿no cree?

—Desde luego. Glynnis, ¿qué hacía usted antes de venir aquí?

—Trabajaba en el despacho de un agente de Bolsa. Entiendo un poco de esos asuntos.

—Comprendo.

Graham se dirigió hacia la puerta. Glynnis le llamó cuando salía.

—¡Roy!

—¿Sí?

—Venga a cenar conmigo esta noche —invitó ella con cálida sonrisa.

—Procuraré venir —respondió él.

Salió a la calle y encendió otro cigarrillo. Estuvo así unos momentos, con la vista fija en el Seven Stars y luego subió al coche, para dirigirse al hotel.

* * *

Graham no cenó con Glynnis, sino que lo hizo en el restaurante. Al terminar, se puso un palillo entre los dientes y, a pie, se encaminó al Seven Stars.

El local estaba muy desanimado. Había sólo un par de clientes. Las chicas tenían cara de aburridas. El barman hacía un crucigrama.

Una de las chicas se le acercó y le dijo algo. Graham le pellizcó la mejilla.

—Gracias, pero hoy estoy citado con Helen. ¿Cuál es su

habitación?

—Arriba, primera puerta a la izquierda.

Graham subió al primer piso y abrió sin molestarse en llamar. Helen estaba poniéndose las medias, sólo con las prendas íntimas.

—Sigues teniendo unas piernas maravillosas —sonrió él—. Y todo lo demás, claro.

—No parece echarlo mucho de menos, Roy —contestó Helen, fríamente.

—Me contengo. Soy un asceta.

—No me hagas reír. ¿A qué has venido?

—Estás aquí a la fuerza, me dijiste.

—Sí. Es cierto, te lo juro. —Helen frunció el ceño—. Mira, lo que hubo entre nosotros... no sé si podía haber continuado o no, pero el caso es que se rompió.

—No quisiste tener un poco de paciencia. Las cosas no se consiguen con un simple chasquido de dedos.

—¿Y has conseguido lo que te proponías entonces?

—No del todo; quizá esté aún en los comienzos. Pero, por lo menos, tengo tranquilidad de espíritu.

—Eres muy conformista.

—No, no lo soy, pero tú no lo entenderías. Querías lo que yo no podía darte entonces... y ahora parece que lo has conseguido.

Helen hizo una mueca.

—No estés tan seguro. De todos modos, creo que no debemos llorar por el pasado. Pese a todo, deseo ayudarte, Roy.

—Gracias. Supongo que seguirás desconociendo la identidad del «Jefe».

—Sólo he averiguado una cosa: da las órdenes por teléfono y parece enterado hasta el último detalle de lo que pasa aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un supletorio. Pude usarlo cuando vi que Anderson se metía en el despacho. Dijo que esperaba una llamada. Tuve que disimular delante de esos matones...

—Es decir, no escuchaste toda la conversación.

—Me perdí unas pocas frases del principio, pero oí lo más esencial.

—¿Qué dijo?

—Dio instrucciones para la marcha del negocio y luego agregó

una frase, que no he podido entender todavía. Era algo sobre... — Helen pareció concentrarse un instante y en seguida añadió—: ¡Ah, ahora lo recuerdo! Más o menos dijo esto: «La sangre no se nota cuando el pelo es de color rojo». ¿Tú entiendes lo que significa?

Graham hizo un gesto con la cabeza.

—No —repuso.

De pronto, Helen se puso en pie, caminó hacia él y le colocó las manos sobre los hombros. El sostén, transparente, permitía ver los senos, redondos, firmes, tremendamente excitantes. Los labios de Helen estaban húmedos y se ofrecían inequívocamente invitadores.

Graham se sintió acometido por una terrible oleada de pasión. Habían transcurrido más de siete años y el recuerdo de otros momentos vino de inmediato a su mente. Entonces, los dos eran muy jóvenes, casi adolescentes todavía..., pero luego sus vidas habían tomado rumbos divergentes y con muy distintos objetivos.

De pronto, se rehízo y dio un paso atrás.

—Averigua quién el «Jefe». Es preciso que encontremos la fotografía que te compromete. De este modo, aparte de librarte del chantaje, encontraremos al asesino de Harvey.

Los brazos de Helen cayeron laciamente a los costados.

—Lo intentaré —respondió con voz opaca.

Había perdido al hombre que tenía frente a sí y no lo recobraría jamás, se dijo amargamente.

Graham salió a la calle, profundamente pensativo. ¿Cuál era el significado de la frase que Helen había escuchado?

En una cabellera de color rojo, la sangre no se notaría mucho...

Repentinamente, sintió como si se le parase el corazón.

—¡Maldita sea!

Echó a correr. Veinte pasos más adelante oyó una detonación, que sonó en el relativo silencio de la noche con la fuerza de un cañonazo.

CAPÍTULO VIII

Seguía corriendo. De pronto, sonó un terrible chillido. Graham se maldijo a sí mismo por no haberlo sabido antes. Mientras ganaba terreno, pudo ver encendidas todas las luces de la «Casa de Reposo». Sonaron más gritos de mujer.

Graham no se molestó en usar la puerta principal. Dio la vuelta al edificio. El asesino no iba a ser tan tonto como para escapar por la puerta delantera. Cuando doblaba la esquina, vio una sombra que se descolgaba por una de las ventanas.

—¡Alto! —gritó.

El hombre cayó al suelo, pero rebotó como una pelota y se puso en pie inmediatamente. Graham vio que sacaba una pistola y se echó a un lado.

Una larga lengua de fuego taladró la oscuridad. Graham tropezó, cayo, tocó algo y agarró aquel madero que estaba en el suelo.

Una segunda bala levantó polvo junto a su pierna derecha. Graham dio dos vueltas sobre sí mismo, arrodillado, agarró el madero con las dos manos y se lanzó adelante.

El asesino tomaba puntería en aquel momento. El trozo de madera le alcanzó en pleno pecho y lo tiró de espaldas. Al caer, lanzó el revólver a un lado.

Graham se levantó de un salto y corrió hacia el sujeto, que ya empezaba a incorporarse. Agarrándolo por el pelo con la mano izquierda, descargó un terrible puñetazo en su barbilla. El hombre se desplomó fulminado.

Alguien se asomó a una de las ventanas del primer piso.

—¡Llamen al comisario! —gritó el joven—. ¡El asesino está aquí!

Sonaron gritos de susto. Dos de las chicas salieron fuera. Alguien encendió la lámpara que caía sobre la puerta trasera.

Glynnis corrió hacia él.

—¡Roy! ¿Se encuentra bien? —preguntó ansiosamente.

—He tenido suerte. El tipo me disparó dos veces.

—Oh... Roy, arriba... Mattie está...

Graham apretó los dientes.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé. Vino un hombre, estuvo charlando con ella un buen rato... Parecía muy agradable y Mattie estaba muy divertida con él... Luego subieron a tomar una copa a su habitación... Un cuarto de hora más tarde, sonó un disparo...

Graham se preguntó por qué había tenido que morir Mattie, una mujer llena de vitalidad, exuberante y simpática como pocas había conocido. Pero también había sido enérgica y sabía que era la que más se había opuesto a los manejos de los Anderson.

Paige llegó a poco, sudoroso y jadeante. Graham le señaló el cuerpo inanimado del asesino y el revólver que yacía en el suelo, a su lado.

—No he querido tocar el arma. Encontrará en ella sus huellas dactilares —dijo.

—No se preocupe; deje todo en mis manos —contestó Paige.

Graham entró lentamente en la casa y subió al primer piso. Había unas cuantas chicas agolpadas frente a una puerta y se separaron al verle llegar.

Entró en el cuarto. Mattie, completamente desnuda, yacía boca abajo, con parte del cuerpo fuera de la cama. Estaba casi arrodillada y él comprendió en el acto lo sucedido.

El asesino había esperado un momento de distracción. Entonces, fríamente, a bocajarro, le había disparado un tiro en la nuca.

Sí, la sangre se confundía casi con el color rojo fuego de la cabellera de Mattie, extendida como un gran abanico escarlata sobre la blancura de las sábanas. Graham estuvo contemplando un instante y luego se volvió.

—Una sábana, por favor —pidió.

Después de cubrir el cadáver, abandonó el lugar. Fue al hotel y se subió una botella a su habitación...

Zoé llenó una taza de café y la puso en las manos de su visitante.

—Tiene usted una cara horrible —dijo.

—Voy a serle sincero. Anoche me bebí media botella de *whisky* —contestó Graham.

—¿Acostumbra a emborracharse cada vez que sufre un contratiempo?

—No. No llegué a emborracharme, pero me sirvió para dormir.

—El alcohol es un sedante momentáneo. No resuelve los problemas.

—Lo sé, pero Mattie... Oh, ya sé que va a decir que era una... Bueno, eso no tiene nada que ver. En primer lugar, era un ser humano, pero también era una mujer extrovertida, simpática, afectuosa..., capaz de darlo todo por sus amigos...

—La trató poco, pero supo conocerla bien.

—Sí, soy un poco psicólogo. Mattie no era capaz de engañar, al menos a las personas que apreciaba.

Zoé se mordió los labios.

—Me pregunto por qué la asesinaron —dijo—. ¿Sabía algo comprometedor para el «Jefe»?

—No lo creo. Más bien opino que lo han hecho para dar un escarmiento a las otras. Mattie era la que más se oponía a la venta de la «Casa de Reposo». Si vale la comparación, podría decirse que era la que encabezaba la resistencia. El trato que reciben las chicas del

Effie's

es muy distinto del que tienen que soportar las del Seven Stars. Simplemente no quieren caer en las garras de unos rufianes, que las explotarán sin escrúpulos.

—Parece razonable —dijo ella—. Y así ablandarían a Glynnis para obligarla a vender.

—Es probable. Pero usted también tiene un conflicto con Glynnis.

Zoé se puso encarnada.

—Ya lo sabe —murmuró.

—Ella me lo dijo anoche. Pero, mujer, ¿cómo se le ocurrió...?

La joven se separó bruscamente y fue hacia la ventana.

—Yo no pedí el préstamo. Es más, ni lo quería siquiera. Fue mi tía.

—Oh... ¿Qué pasó?

—Effie se enteró de las dificultades por uno de los capataces. Entonces, vino a ver a mi tía y le propuso prestarle dinero.

—¿Tan apurados están? ¿Es que la mina no rinde?

Zoé hizo un gesto negativo.

—Es probable que tengamos que cerrarla. El boro que se extrae es cada vez de inferior calidad y en menor cantidad. Francamente, ahora ya no compensa tener el yacimiento en explotación.

—Lo cual hace incomprensible los deseos de ese misterioso personaje para quedarse con la mina, ¿no le parece?

—Es lo que yo me he preguntado constantemente —suspiró Zoé—. Y no he encontrado aún la solución.

—El préstamo vence el viernes próximo. Glynnis parece decidida a ejecutar el embargo, si no recibe la suma prestada, más los intereses convenidos.

—Mi tía obró muy a la ligera. Yo no estaba aquí entonces; de lo contrario, no habría aceptado ese préstamo. Tengo un buen amigo, que es uno de los altos directivos del banco

Wells & Fargo

de San Francisco. Conoce nuestra situación y habría avalado el préstamo, a más largo plazo y en mejores condiciones...

—Pero no ha sido así —sonrió Graham—. Bueno, todavía queda una semana.

—No es mucho tiempo, Roy.

—Quizá el suficiente.

Graham se puso en pie. Consultó el reloj.

—Tengo que irme. A las doce entierran a Mattie —dijo—. Lo siento, Roy.

El joven sonrió ligeramente.

—Era muy simpática —se lamentó.

* * *

Descendió del cementerio lentamente, poseído por un extraño sentimiento de melancolía, que no podía dominar. Atrás quedaba una hermosa mujer, que amaba la vida y que era ya sólo un pedazo de carne tría e inanimada. No, no era justo; personas así no deberían morir. Glynnis no había asistido a la fúnebre ceremonia,

muy afectada por lo sucedido, según le dijo una de las chicas. Luego iría a visitarla, se propuso.

Pasó por delante del Seven Stars. Anderson, Simms, Brooks y Mills estaban en la puerta. Le pareció que sonreían burlonamente. Simms tenía el brazo derecho enyesado.

Sin hacerles caso, siguió caminando. Cuando llegaba a la oficina del comisario, vio llegar a una mujer con una bandeja en las manos.

Dejó pasar a la mujer y entró a continuación. Paige se puso en pie al verle.

—Hola —saludó.

—Comisario, la comida para su preso —anunció la mujer.

Paige levantó el mantel que cubría la bandeja y contempló su contenido durante unos instantes.

Luego emitió un gruñido:

—Paula, dígame a Joaquín que no se esmere tanto. Un preso tiene ciertos derechos, pero no se merece un banquete.

—Sí, señor, así se lo diré —contestó la mujer.

Paige agarró la bandeja y miró al joven.

—Supongo que quiere hablar con el preso, Graham.

—Con su permiso, desde luego.

—Claro. No sé si le sacará algo en limpio. Es muy rebelde. A mí no me ha dicho nada.

—Al menos, sabrá su nombre.

—Oh, sí. Es un tal Jonah Walters. Me parece que es un nombre falso...

Paige avanzó a lo largo del corredor de celdas, seguido por el joven.

—Walters, la comida —gritó el comisario al llegar a la última celda.

Graham iba a un par de pasos de distancia. De pronto, vio que la bandeja se desprendía de las manos de Paige.

—¡Oh, no! —gritó el comisario.

Graham saltó hacia adelante. Casi sintió náuseas al ver aquel horrible espectáculo.

Walters tenía los pies a un palmo del suelo. En torno a su cuello se veía un cinturón negro, anudado en uno de los barrotes de la ventana. Las manos pendían inertes a los costados.

Paige dio media vuelta y se apoyó en la pared opuesta.

—No, no... —Golpeó el muro con el puño—. Bastardo asqueroso, hacerme a mí una cosa semejante...

Graham trató de recobrar la serenidad.

—Voy a llamar al médico —anunció.

* * *

Esta vez, Graham aceptó la copa que le tendía Glynnis. —Las cosas se ponen feas— observó la muchacha. Graham asintió.

—¿Piensa prorrogar el préstamo? —preguntó.

Glynnis pareció sorprenderse.

—¿Por qué lo dice, Roy?

—Mera curiosidad. No me conteste, si no lo cree conveniente.

—Me agradaría recobrar ese dinero. Bueno, recobrar no es la palabra exacta. Yo no hice el préstamo, pero me pertenece la herencia.

—Eso es comprensible. Glynnis, casi es una mujer rica. Ahora, me parece, no le interesará seguir adelante con el negocio de su hermana.

—Tengo que pensarlo bien, Roy.

—Claro.

Graham se puso en pie.

—¿Ha vuelto Anderson?

—No.

—Tenga cuidado, Glynnis.

Ella sonrió.

—¿Por qué no se queda un poco más? ¿Otra copa?

—Gracias, pero ya he calmado mi sed.

Graham se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a la muchacha.

—Parece que ha superado la crisis que le acometió el primer día —comentó.

Glynnis enrojeció vivamente.

—La verdad es que... Bueno, me lo tomé muy a pecho... Créame, yo ignoraba por completo que mi hermana... Se lo dije entonces, ¿no?

El joven asintió.

—Es perfectamente comprensible —se despidió.

Salió a la calle, bastante decepcionado. No, Glynnis no había resultado ser la mujer que aparentaba en un principio, la pobre chica de ciudad, encontrada en medio del desierto y desconocedora casi por completo de las amargas realidades de la existencia.

—O si lo era, pero ha cambiado —murmuró.

En tal caso, el cambio se había producido con desconcertante rapidez. Pero no se le podían hacer reproches. Todo el mundo, se dijo, no tenía la misma capacidad de resistencia ante un inesperado cambio de fortuna.

Encendió un cigarrillo y encaminó sus pasos hacia el restaurante de Rubio. Una buena cena, pensó, aliviaría en buena parte sus preocupaciones. Con el estómago lleno, la vida tenía una perspectiva mucho más optimista.

CAPÍTULO IX

Desde la ventana del hotel vio salir a Anderson y cruzar la carretera en sentido oblicuo. Adivinando su objetivo, abandonó el cuarto y bajó a la calle, aunque utilizó la puerta trasera.

Corrió a lo largo de las fachadas posteriores y no tardó en alcanzar la «Casa de Reposo». Luego anduvo con precauciones y se detuvo al pie de la ventana del despacho de Glynnis.

Tal como había supuesto, Anderson estaba allí, hablando con la muchacha. Sacó una navajita y levantó el bastidor un centímetro, para poder escuchar lo que se decía en el interior.

—Bueno, admito que cinco mil dólares es una cifra ridícula... — Anderson soltó una risita—. Uno actúa siempre de acuerdo con su interlocutor...

—Claro, claro. Usted pensó que yo era una tierna ovejita y que con un par de aullidos podría meterme el miedo en el cuerpo, ¿verdad?

—Debo admitir mi error, aunque lo cierto es que ha resultado ser más fuerte de lo que parecía. Pero ¿qué me dice de quince mil?

Glynnis hizo un gesto negativo.

—Lo siento. Si quiere comprar, suelte sesenta mil, al contado, ni un centavo menos —respondió firmemente.

Anderson dio un salto.

—¡Está loca! —gritó.

—Ya me ha oído. Y no pienso rebajar un solo dólar.

—Pero el negocio no vale...

—Será para usted. Yo pienso de una forma distinta.

Anderson se inclinó de pronto hacia adelante.

—Escucha, monada. ¿Te gustaría despertarte a medianoche porque la casa está ardiendo?

Glynnis se mantuvo impertérrita.

—Prefiero verla convertida en cenizas, antes que venderla por un precio inferior al señalado.

—Creo que no me has entendido bien...

—Le he entendido perfectamente. Sus amenazas no me asustan. ¿Qué va a hacer? ¿Enviarme a otro asesino?

—Oiga, yo no he tenido nada que ver con la muerte de Mattie. Fue un cliente... Pasa mucho en estos sitios...

—No lo creo en absoluto. Y lárguese de una vez; no me deja trabajar en paz.

Anderson dio la vuelta a la mesa y agarró del brazo a la muchacha, sacudiéndola con fuerza.

—Veinte mil —aulló—. Es mi última oferta.

—¿Suya o del «Jefe»?

El sujeto se desconcertó un instante. Luego emitió una blasfemia y apretó con más fuerza todavía el brazo de la muchacha.

Entonces, Glynnis le metió el pulgar en el ojo.

Anderson lanzó un aullido, la soltó, se llevó las manos a la cara y retrocedió a trompicones, sintiendo un vivísimo dolor en el ojo. Glynnis se fue hacia él y lo arrojó de un tremendo empujón.

Fuera, en el salón, sonaron estruendosas carcajadas de burla. Glynnis cerró la puerta, se apoyó en ella y puso una mano en el pecho.

—¡Bravo, chica valerosa! —Oyó una voz en la ventana.

Ella abrió los ojos, que había cerrado un instante. Apoyado de brazos en el antepecho, Graham sonreía alegremente.

—¿Qué hace ahí? —gritó ella.

—Vi a Anderson que venía hacia aquí y sentí curiosidad por enterarme de lo que sucedía. Nunca creí que pudiera resistirse con tanta energía.

—Usted no me conoce bien del todo —respondió Glynnis, mientras cruzaba el despacho—. No sólo lo hice por defender lo que es mío, sino por la memoria de Effie y de Mattie.

—Anderson es peligroso. Tenga cuidado.

Ella abrió un cajón y enseñó un revólver.

—En lo sucesivo, lo llevaré siempre encima —aseguró.

—Pero no cierre los ojos al disparar —aconsejó él alegremente.

Glynnis sonrió.

—Es usted un tipo extraño. Mattie me contó el viaje en automóvil. ¿De dónde sacó ese motor?

—Tengo un amigo que es un genio de la mecánica automovilística. A veces, conviene disponer de un remanente de velocidad.

—Su coche me recuerda al hombre andrajoso que resultó ser un príncipe —dijo Glynnis.

—Es una comparación muy acertada. Duerma con la puerta cerrada y el revólver bajo la almohada.

—Lo haré, se lo prometo.

—Buenas noches, Glynnis.

Graham regresó al hotel. Estaba equivocado con respecto a algunas facetas de Glynnis. Parecía una chica dulce, mansa, apacible..., pero tenía un genio de mil demonios.

—Está visto que nunca se acaba de conocer a las personas —murmuró, mientras levantaba el teléfono para marcar un número.

Zoé le contestó segundos más tarde.

—Hola, Roy. ¿Sucedé algo?

—Según se mire. ¿Tiene usted un *jeep* o algo parecido?

—Sí. ¿Para qué lo quiere?

—Me gustaría hacer mañana una excursión por el desierto.

—Se lo prestaré, con una condición: quiero acompañarle.

—No me atrevía a pedírselo, Zoé —rió él.

—Adiviné sus pensamientos —respondió la joven—. ¿Hora?

—Muy temprano. A las siete.

—Estaré preparada. Buenas noches, Roy.

* * *

El coche rodaba lentamente, debido a las irregularidades del terreno. Zoé conducía, mientras Graham, con el mapa en las rodillas, le iba señalando la ruta.

Hacía un calor terrible. Zoé se preguntó adónde querría ir a parar su acompañante. Hasta el momento, Graham se había limitado a guiarla, sin añadir más detalles. A veces, el joven se ponía en pie, agarrado al parabrisas, y oteaba el horizonte.

De repente, cuando llevaban un par de horas, Graham señaló un punto situado a unos mil metros del lugar en que se hallaban.

—Allí, Zoé.

Ella lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Roy, estamos a menos de dos kilómetros de la mina! ¡Estos terrenos nos pertenecen!

—¿Está segura?

—Sí. Mire.

Zoé paró el coche y tendió la mano hacia un punto situado hacia el este, a unos quinientos metros. Era un montón de piedras, pintadas de blanco, cuyo objeto resultaba harto significativo.

—El padre de tía Zoé, esto es, el abuelo, compró todas estas tierras ya en el siglo pasado. Fue un caprichoso, claro, pero le costaron muy poco —explicó Zoé.

—Su abuelo, aunque inconscientemente, fue previsor —dijo Graham—. Siga hacia aquella hondonada, por favor.

El «jeep» arrancó de nuevo. Zoé buscó el camino más adecuado. Al cabo de unos minutos, desembocaron en una pequeña hoya, en donde la muchacha pudo contemplar un espectáculo singular.

Uno de los lados era completamente vertical, rocoso, y había allí un toldo, sostenido por dos palos y la misma pared. Debajo se veían algunos objetos.

Había dos burros a la sombra. Un poco más allá, un individuo se afanaba con un pico, tratando de arrancar trozos de piedra al muro de roca.

—¡Pompey, estamos aquí! —gritó el joven.

Ralston suspendió su tarea en el acto. Graham se apeó, seguido de la muchacha, que no acababa de comprender del todo lo que sucedía.

—Hola —dijo el minero—. ¿Qué les trae por aquí?

—Es la dueña de estas tierras y, me parece, tú lo sabes —contestó.

—Sí, pero estoy trabajando dentro de los límites que me señalaste en el mapa —se defendió Ralston.

—Lo sé. ¿Has tomado muestras de otros lugares?

—Están ahí, en el saco, y cada una etiquetada con el punto de origen. La que encontré el primer día no estaba aquí, ciertamente.

—Roy, ¿puedo saber qué sucede? —intervino Zoé, un tanto picada.

—Espere un momento. Pompey, deme una de las piedras que

acaba de arrancar, por favor.

—Claro, ahora mismo.

Graham tomó la muestra y se refugió bajo el toldo. Zoé y el viejo buscador le contemplaban con gran atención.

—Una muestra un poco baja de contenido —dijo él, pasados un par de minutos—. Menos de mil dólares, pero todavía interesante para su explotación.

—«Muy» interesante —puntualizó Ralston.

Zoé se puso una mano en el pecho.

—¿Cree que hay... una veta? —preguntó casi sin voz.

Graham extendió la mano hacia el sur.

—Apostaría algo bueno que la veta se extiende desde las inmediaciones de la mina hasta unas diez millas más abajo. Claro está, habrá muchos huecos sin contenido aurífero, pero en los lugares donde haya mineral, su explotación resultará rentable. Todo consiste en unos cuantos meses de catas y luego, hallados los lugares más adecuados, iniciar la explotación sin más. Los gastos resultarán elevados, no cabe duda, pero los beneficios compensarán con creces. Yo diría que, de cada dólar invertido, puede obtener entre dieciocho y veintidós centavos de beneficio neto.

Se volvió hacia Ralston.

—Y a ti, Pompey, te tocará una buena tajada, porque podrás explotar las tierras que son libres —añadió.

Ralston cerró los ojos.

—Cuarenta años —murmuró—. Cuarenta años persiguiendo la fortuna...

—Y al fin la ha encontrado —sonrió Zoé.

De pronto se volvió hacia Graham.

—¿Sabrá algo Anderson?

—Tendré que preguntárselo, pero, desde luego, lo que es seguro es que nadie intenta comprar un negocio deficitario y que, además, tiene acreedores que pueden conseguirlo sin necesidad de recurrir fácilmente a la violencia —respondió el joven.

Zoé comprendió el sentido de la respuesta.

—Sí, lo sabe —murmuró.

—El «cómo» lo ha averiguado es lo de menos —dijo Graham—. El caso es que lo sabe y, aunque por ahora ha dejado de ejercer presión, tal vez en otro momento intente volver a la carga. Habrá

que tener esto presente, Zoé.

—Es curioso —murmuró ella—. El ingeniero jefe de la mina nunca mencionó tal posibilidad...

—¿Qué clase de profesional es? —preguntó Graham.

—Bueno, competente..., pero rutinario, me parece.

—Eso lo explica todo. El se ocupa de que la mina marche bien y no tiene interés en otros aspectos. No se lo reproche, no es culpa suya.

De pronto, Ralston se dirigió al muro.

—Tengo sed —anunció.

—Hemos traído agua de repuesto para dejarle —manifestó Graham.

Ralston no contestó. Inclinado sobre los equipajes, hacía algo extraño.

Súbitamente se revolvió, con un rifle en las manos. Zoé, asustada, gritó:

Graham agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

En el mismo momento, algo chocó contra el suelo, a sus pies, y despidió un violento chorro de tierra y piedras. Simultáneamente, el rifle de Ralston vomitó un poderoso rugido.

Graham volvió la cabeza. A unos sesenta pasos de distancia, un hombre caía por la ladera, dando vueltas como un tronco recién derribado. Llegó al fondo de la pequeña grieta y se quedó inmóvil.

El joven echó a correr hacia aquel lugar. Llegó junto al caído y se arrodilló a su lado.

Ralston se le reunió instantes más tarde. Arrodillado todavía, Graham volvió la cabeza.

—Pompey, tienes una puntería de todos los diablos —dijo.

Ralston torció el gesto.

—No sabía moverse por el desierto —contestó—. Hace rato que le veía maniobrar, pero no pensé que fuese algo más que un espía, hasta que vi brillar algo en sus manos. Entonces me di cuenta de que quería usar un arma.

El viejo trepó ágilmente por la ladera. Graham adivinó sus intenciones.

—¡Usa un pañuelo, no borres sus huellas! —gritó.

Ralston asintió. Momentos después, volvía a bajar, con el rifle en las manos.

—Todavía huele a pólvora —dijo—. Estás vivo por un pelo, Roy.

—Tengo que darte las gracias —sonrió el joven—. Yo ni siquiera me había dado cuenta.

—Serás un buen geólogo, pero careces de experiencia en el desierto. No te enfades, Roy.

—Claro que no, hombre.

Graham miró al caído. El proyectil le había alcanzado en el centro del pecho. Ralston soltó una risita.

—Soy capaz de darle a un conejo corriendo a cien pasos de distancia —se ufanó.

—¿Has visto un coche al otro lado de la loma?

—Sí, muy lejos, a quinientos metros por lo menos. ¿Cómo no te diste cuenta de que te seguía?

—Esta vez, lo siento, ni siquiera se me ocurrió...

Graham se reunió con la muchacha.

—Tendremos que informar a Paige —dijo.

—De momento, yo callaría —intervino Ralston—. La persona que envió a ese asesino no dirá nada si no lo ve volver.

Y aquí hay piedras más que suficientes para cubrir un cadáver.

—Por ahora, puede ser una solución, en efecto.

—Lo es —afirmó el buscador de oro—. Será mejor que vuelvan. Yo me ocuparé del resto y... ¿Roy?

—Dime, Pompey.

—El que ordenó quitarte de en medio te verá volver a Sun Plains. Entonces sabrá qué le ha pasado a su esbirro.

Graham sonrió.

—No es mala táctica —convino—. ¿Vamos, Zoé?

La joven asintió. Graham se sentó esta vez tras el volante. Cuando arrancaban, hizo una pregunta:

—Zoé, ¿cómo se siente?

—No muy bien, pero ya me pasará —respondió ella.

Graham recordó melancólicamente algo que había comentado con Mattie.

—Vendrán días de sol y paz, porque habrán pasado ya los días de sangre y furia.

Mattie no lo había expresado así, exactamente, pero, en el fondo, ése había sido su pensamiento, se dijo, mientras buscaba el rumbo de vuelta.

CAPÍTULO X

Dormía profundamente, boca arriba, roncando con gran estrépito, cuando alguien le tapó la boca con una mano. Anderson despertó, terriblemente sobresaltado, pero un segundo más tarde, sintió un tremendo ruido en el interior de su cráneo y volvió a dormirse.

Cuando despertó, notó un fuerte traqueteo. La cabeza le dolía horriblemente y no conocía los motivos. Un repentino bache le hizo saltar medio palmo en el aire. Al caer, se golpeó una cadera con algo saliente y lanzó un grito de dolor.

Entonces, enormemente asombrado, se dio cuenta de que no había podido emitir ningún sonido. Tenía la boca cubierta por un pañuelo y sus muñecas y tobillos estaban sólidamente ligados por sendas cuerdas.

Estaba a bordo de un coche descubierto, que se movía por un terreno infernalmente accidentado. Sintió frío. Estaba vestido solamente con el pijama. Salvo el ruido del motor, no se percibía ningún sonido.

Al mirar hacia arriba, vio brillar las estrellas en un cielo completamente despejado. El terror se apoderó de su ánimo.

¿Quién le había secuestrado? ¿Adónde lo llevaban?

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse. Se tiraría del *jeep*, ya había identificado la clase de vehículo en que viajaba y, tarde o temprano, conseguiría desatarse...

Entonces, el conductor dijo:

—No lo intente, Anderson. Sus tobillos, además de ligados, están atados por otra cuerda a una anilla. Si se tira del *jeep*, lo único que conseguirá será ser arrastrado, porque, desde luego, no pienso detener la marcha.

Anderson reconoció la voz y trató de gritar algo. Desistió cuando

se percató de la inutilidad de sus esfuerzos. Lleno de desánimo, se tendió de nuevo en la trasera del vehículo.

Se preguntó cómo había podido dejarse sorprender tan tontamente. Claro que, ¿quién iba a pensar que aquel maldito entrometido se atreviese a secuestrarle en su propio dormitorio?

Sus compinches no habían oído nada. Estarían también dormidos como troncos...

El tiempo empezó a pasar. Anderson vio al fin palidecer las estrellas. Debían de haber recorrido una distancia enorme, a pesar de la reducida velocidad del *jeep*. Una cosa era segura: estaban en el desierto.

Media hora más tarde, inesperadamente, Graham detuvo el *jeep* y saltó al suelo. Ya había luz suficiente para que Anderson pudiera ver los detalles y entonces reconoció al hombre que le había llevado hasta aquellos parajes.

Graham se le acercó con la sonrisa en los labios y le quitó la mordaza.

—¡Suélteme! —bramó Anderson—. Pero ¿quién diablos se cree que es? Devuélvame a Sun Plains de nuevo o...

—Clem, usted no se encuentra en condiciones de amenazar —contestó el joven apaciblemente—. Necesitaba hablar con usted y pensé en la conveniencia de una charla sin testigos, lejos de sus esbirros, sin riesgo de que nos interrumpieran violentamente. Aquí estamos bien, en el mejor sitio para conversar con toda tranquilidad.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar...

—Ésa es una grave equivocación suya —dijo Graham.

Desató una cuerda y agarró al sujeto por los brazos, dejándolo en el suelo, a una docena de pasos del *jeep*. Luego volvió al vehículo.

Anderson empezó a arrastrarse por el suelo, al objeto de alejarse de su secuestrador. Sin volverse, Graham exclamó:

—No vaya en esa dirección; he visto antes un nido de tarántulas.

Anderson lanzó un chillido de pavor y se desvió en ángulo recto. Sin dejar de sonreír, Graham sacó cuatro gruesas estacas de madera, con uno de sus extremos aguzado, un mazo de buen tamaño y una barra de hierro.

Dejó todo en el suelo, a diez metros del automóvil. Luego

regresó, sacó otro trozo de cuerda y atando los tobillos de Anderson nuevamente, sujetó el extremo opuesto a una mata de mezquite.

A continuación, empezó a trabajar con la barra, el mazo y las estacas. Anderson le contemplaba con ojos extraviados.

—Pero... ¿qué diablos piensa hacer? —barbotó—. ¿No había dicho que me trajo aquí para hablar?

—Claro que sí, hombre —respondió Graham de buen humor—. Pero como usted se va a negar a contestar a mis preguntas, me curo en salud, preparándolo todo de antemano para obligarle a darme las respuestas que necesito.

Clavó una estaca en el suelo, comprobó que estaba bien hincada y añadió:

—Hace un siglo, los apaches tenían la costumbre de poner a sus prisioneros desnudos, atados a cuatro estacas y al sol, claro. A veces había un hormiguero cercano y les untaban el cuerpo con un poco de miel. De todos modos, aquí, en el desierto, en muy pocas horas, un hombre puede morir, literalmente abrasado.

Clavó otra estaca.

—He traído una lona y agua suficiente. Yo me pondré a la sombra y esperaré a que usted tenga ganas de hablar —dijo.

—Espere... No... —Anderson se sentía lleno de pánico—. Usted no puede hacer una cosa semejante...

—La estoy haciendo —contestó Graham reposadamente.

Hincó la tercera estaca.

—Clem, ¿quién es el «Jefe»? —preguntó de sopetón.

—No le conozco.

—Vamos, vamos, trate de ser comprensivo. Lo digo por su propio bien. A mí no me importa; estaré a la sombra todo el rato...

—¡Le juro que no lo sé! —chilló el sujeto—. Me llamó por teléfono de San Francisco...

Graham calló y clavó la cuarta estaca. Luego se acercó a Anderson.

—¡Espere! —chilló el prisionero—. Se lo diré... ¡Es Destry Trafford, pero no sé dónde está ni le he visto desde que me llamó por teléfono y me propuso venir a hacerme cargo del Seven Stars! Es la pura verdad; siempre da las órdenes por teléfono... No se deja ver nunca...

—¿Qué me dice de los pistoleros que asesinaron a Effie y su

contable?

—Yo no los vi. Debió de enviarlos él... Pasó lo mismo con el que mató a la pelirroja... y el que le atacó a usted en el desierto... Yo sólo me ocupo del local...

—Y de intentar comprar el
Effie's.

—El me ordena todo por teléfono —gimió Anderson, completamente desmoralizado.

—¿También ordenó el ataque a la mina con lanzagranadas?

—Si... Yo me ocupo solamente de las cosas de Sun Plains...

—Pero no de la administración del Seven Stars.

—Eso es asunto de Helen Boise. Sin embargo, tengo derecho a revisar las cuentas.

—Y a aterrorizar a las chicas que trabajan allí.

Anderson calló un momento.

—Bueno, ya se lo he dicho todo —barbotó—. Ahora, suélteme.

—Aguarde un poco. ¿Por qué quiere la mina el «Jefe»?

—No lo sé... Supongo que tiene interés en ser su propietario.

—Clem, sea sincero. Aunque no le ate a las estacas, si le abandono en pleno desierto, puede morir antes de que se suelte las ligaduras.

—¡Le digo que no lo sé! El me ordenó que empezase a maniobrar para conseguir la mina y el
Effie's.

Supongo que quiere conseguir buenos beneficios.

—También quemaron un par de casas de Sun Plains —dijo Graham severamente.

—No entiendo por qué lo ordenó. Tal vez quería asustar a la gente del pueblo...

—¿Las quemaron ustedes?

Anderson calló.

—Comprendo —dijo Graham—. Otra pregunta. ¿Les señaló Tratford las casas que debían ser incendiadas?

Anderson contestó afirmativamente. Graham se acarició la mandíbula.

Sentíase perplejo. Había algunas cosas que no comprendía bien, aunque no desesperaba de encontrar la solución tarde o temprano. En cuanto al comportamiento de Tratford, y a juzgar por los

informes que tenía de él, era el lógico. Actuaba como siempre lo había hecho, sin dar la cara, dejando que sus compinches y sus esbirros cargasen con la responsabilidad.

Bien, al menos sabía ahora quién movía los hilos de la trama. Lo importante era localizarlo. Eso iba a ser lo más difícil, se dijo, mientras regresaba al *jeep*.

Anderson lanzó un aullido.

—¿Va a abandonarme aquí, sin cortar las cuerdas?

Graham se sentó tras el volante y le miró fríamente.

—Usted no lo hizo, pero señaló a un asesino la persona que debía morir. Dijo que la sangre no se notaría en el pelo rojo. No creo que fuese idea suya; se lo ordenó Tratford, pero después de haber recibido y sopesado los informes que usted le había dado. Por todo eso, se merece que lo abandone en el desierto, a ver si revienta.

Movió la palanca de cambios, pisó el acelerador, giró en redondo, levantando una nube de tierra y polvo, y emprendió el regreso.

* * *

Zoé le tendió el vaso, lleno de cerveza fría. El cristal rezumaba humedad. Graham tomó un par de tragos, chasqueó la lengua y sonrió al mirar a la joven.

—Conque ya conoce el nombre de la persona que está detrás de todo este asunto —dijo ella, pasados unos segundos.

Graham asintió.

—Era un jefe de banda de bastante notoriedad —explicó—. Claro que sucedió hace años... Nunca pudieron pillarle con pruebas suficientes, salvo en una ocasión, en que le encontraron un arma encima. Había disparado contra un tipo, pero, por suerte para éste, solo recibió una herida no demasiado grave. En resumen, le condenaron a una sentencia de dos a cinco años, y como observó buena conducta, a los dos años lo pusieron de patitas en la calle. Pero su organización se había disuelto y ya parece que comprendió que las cosas no serían como antes. Por tanto, desapareció.

—Y no se le ha vuelto a ver.

—Hace seis años que no se tienen noticias suyas en absoluto.

Todos creíamos que incluso había podido morir, pero ahora nos damos cuenta de que está vivo y escondido en alguna parte, que da sus órdenes por teléfono y que está levantando otra organización, tan poderosa o más que la anterior y, por supuesto, también enormemente peligrosa. No tiene que ver más que los pistoleros que vinieron aquí, para ejecutar sus órdenes. Todos son gente de fuera... Vienen, se les señala el objetivo, atacan y desaparecen. Rápido y eficiente... mortíferamente eficiente.

Zoé asintió, meditabunda.

—Roy, en todo esto encuentro una cosa, como una especie de nexo común entre todos los sucesos ocurridos en Sun Plains. El «Jefe»... bueno, Tratford, conoce estupendamente el pueblo y las peculiaridades de sus habitantes. Al menos, de los interesados en estos conflictos.

—Sí, es cierto.

—Sabe muchas cosas y da las órdenes por teléfono. ¿No cabría la posibilidad de que Tratford estuviese «aquí», en Sun Plains?

—Lo he pensado —convino él—. Sobre todo, porque si está escondido en otra ciudad, ¿cómo podría reaccionar con tanta rapidez en algunas ocasiones? ¿Cómo pudo designar las casas que fueron incendiadas?

—Es decir, está aquí, nos vigila... y a lo mejor nos saludamos por la calle tan amigos —se estremeció la joven.

—Creo que no cabe duda al respecto, pero lo difícil va a ser localizarlo.

—¿No hay ninguna fotografía de ese sujeto?

Graham torció el gesto.

—Han pasado ocho años. Entonces tenía casi cincuenta. Habrá cambiado mucho de aspecto...

—¿Qué me dice de sus huellas dactilares?

—Para confirmar las sospechas sobre determinada persona, tendríamos antes que fijarnos en un individuo, fuese quien fuese, y luego buscar la ocasión de tomarle las huellas sin que se diese cuenta. No es un procedimiento muy recomendable, a menos que tomemos las huellas de todos los habitantes de Sun Plains. Y entonces, él sospecharía algo y levantaría el vuelo.

—De todos modos, hay una cosa que no cambia en una persona, y es su apariencia general. ¿Lo conoció usted personalmente?

—No, no llegué a verlo, pero sé que medía alrededor de un metro setenta, tenía el pelo castaño y vestía con gran elegancia. Era relativamente esbelto... No es mucho, ¿verdad?

—No —sonrió ella—. Pero estoy segura de que sabrá dar con él. Oiga, Roy... ¿De veras ha abandonado a Anderson en el desierto? Puede morir, abrasado bajo el sol...

Graham se echó a reír.

—Estuve dando vueltas casi dos horas. Las ligaduras no están tan fuertes como él cree. Se habrá soltado con relativa facilidad y, para regresar a Sun Plains, habrá seguido el camino que tomé yo, delante de sus propios ojos. Estábamos al otro lado de una pequeña loma, que ocultaba el pueblo y la carretera, a menos de mil metros. Se merecía un pequeño castigo, ¿no cree?

Los ojos de Zoé chispeaban.

—Sí, Roy.

—Sobre todo, si pensamos que él indicó a un asesino cuál debía ser su víctima —dijo Graham duramente—. Y no fue la única vez.

Zoé comprendió que Graham sentía aún la muerte de la extrovertida pelirroja. Trató de apartar su mente de tan melancólicos recuerdos.

—¿Quieres más cerveza? —ofreció.

Graham se puso en pie.

—No, ya tengo bastante. Te veré más tarde.

—Ven cuando quieras, Roy.

CAPÍTULO XI

Entró en su cuarto y estuvo a punto de lanzar un grito de susto, pero se contuvo casi en el acto, al reconocer a su inesperado visitante.

—Roy, ¿no podrías entrar por la puerta principal, como todos? —se quejó Helen.

—Todos los que entran por la puerta principal, ¿suben a tu dormitorio?

Helen enrojeció vivamente.

—No digas tonterías —contestó, de mal humor.

—Son las diez de la noche —dijo él—. Si hubiese entrado por delante y subido a tu habitación, ellos lo habrían sabido de inmediato. Y creo que no nos conviene a ninguno de los dos.

—Sí, tienes razón. Bueno, ¿qué quieres? ¿En qué puedo serte útil?

—Necesito que vigiles más que nunca. Ya conozco la identidad del «Jefe».

—¡No! —dijo ella en voz baja.

—Como lo oyes. Es más, incluso sospecho que está en el pueblo, bajo la apariencia de un inofensivo ciudadano.

—Eso es terrible, Roy.

—Lo sé. Por eso debes tener los ojos y los oídos muy abiertos. Si notas algo, avísame en seguida.

—Descuida.

—Te conviene y sabes muy bien los motivos. Bueno, eso era todo... Ah, sí, olvidaba una cosa. ¿Qué dice Anderson?

Helen se echó a reír.

—No sé qué le ha pasado, pero llegó cerca del mediodía, en pijama, descalzo, contando una historia de un secuestro que nadie

ha creído... Tenía los pies sangrando... Hay quien piensa que estaba con alguna mujer del pueblo y que tuvo que escapar precipitadamente, a causa de la inesperada llegada del esposo... Roy, tú sabes algo. ¿Qué le ha pasado?

—Me lo llevé al desierto y le hice hablar. Luego lo dejé allí, abandonado. Creyó que estaba a cincuenta millas de cualquier lugar habitado. Dijo todo lo que sabía.

—Eres astuto —exclamó ella, admirada—. Pero, cincuenta millas...

—Ni una siquiera —rió Graham—. El lo creyó y fue suficiente. Caminó hacia la ventana. Helen corrió hacia él.

—Roy —dijo ansiosamente.

Graham se volvió. Ella se quitó rápidamente el vestido.

—Roy... Otra vez... como antes... —suplicó.

—El joven hizo un signo negativo. No intentes encender fuego sin leña —contestó significativamente.

Y desapareció de la vista de Helen, dejándola sola, frustrada y resignada a la ruptura definitiva.

* * *

Glynnis le ofreció una copa. Graham probó un sorbo y miró sonriendo a la joven. Abajo, en el salón, se oía mucho ruido de voces y risas.

—El negocio marcha bien —dijo él.

—Sí, Roy.

—La felicito.

—Es rentable. ¿Por qué venderlo?

—Claro. Sobre todo, si se piensa que puede convertirse en propietaria de una mina de boro.

—Bueno, yo no hice el préstamo.

—Pero es la heredera de su hermana y tiene derecho a ser la acreedora.

—Roy, ¿acaso he hecho yo las leyes? —contestó ella, irritada.

—No...

—¿Le ha enviado Zoé a pedir una prórroga en el préstamo?

—Si fuese así, ¿cuál sería su respuesta?

Glynnis dudó.

—Es curioso —murmuró—. Otro me ha dicho hoy lo mismo que usted.

—¿Quién, Glynnis?

—Paige, el comisario.

—Ah, le ha estado hablando del asunto.

—Sí. Dijo que debería dar una oportunidad a Zoé.

—Es decir, él sabe lo del préstamo.

—Bueno, tiene que estar enterado de las cosas que suceden en el pueblo, me parece. Además, era bastante amigo de Effie. Se lo contaría mi hermana, supongo.

Graham tomó otro sorbo.

—Es lógico. Pero yo no vine a pedirle nada en nombre de Zoé. Aunque, desde luego, tengo interés en conocer su punto de vista sobre el asunto —dijo.

—Tengo que pensármelo. Aún no ha vencido el plazo.

—Comprendo.

Se encaminó hacia la puerta. Pareció pensar un poco y luego se volvió hacia ella.

—¿Glynnis?

—Diga, Roy.

—Ha cambiado de opinión, ¿verdad?

Ella le miró penetrantemente.

—Sé lo que está pensando —respondió—. Yo llegué a Sun Plains y me encontré con una clase de negocio muy distinto del que esperaba. Creí que heredaría un hotel, con mucha clientela... En fin, ya vio que me sofocaba y... Roy, también me recogió en la carretera y vio mi aspecto. ¿Sabe qué es acudir día tras día a una oficina, sujeta a un horario rutinario, sin esperanzas, sin ilusiones, ganando apenas lo suficiente para malvivir? ¿Sabe lo que es tener sueños y no verlos realizados nunca?

—Me lo imagino perfectamente, Glynnis.

—Yo vivía poco menos que en la pobreza. No quiero volver a aquel género de existencia, al menos, mientras pueda. —Es totalmente comprensible.

—No me lo reproches, Roy.

—No se lo reprocho, Glynnis.

Ella sonrió.

—Gracias.

Graham agitó levemente una mano. Abrió la puerta y salió.
—Es la vida —suspiró, al encontrarse al aire libre.

* * *

Los dos días siguientes transcurrieron sin incidentes. En el Seven Stars todo parecía tranquilo. Anderson, según sus noticias, no había querido explicar lo que le había sucedido. Graham había tratado de averiguar quién podía ser Tratford, pero de todos los hombres a los que había examinado furtivamente, ninguno parecía ser el sujeto que se escondía bajo el comfortable seudónimo del «Jefe».

Rubio, el dueño del restaurante, tampoco sabía nada. Graham empezó a desesperar de encontrar al autor de aquella serie de sangrientos crímenes, que todavía mantenían nerviosa a la población y, más todavía, a las personas directamente implicadas en el asunto.

De pronto, cuando menos lo esperaba, sonó el teléfono en su cuarto del hotel.

—Soy Helen. Tengo noticias para ti. Van a venir dos.

—Dos, ¿eh? ¿Sabes los nombres?

—No. Piensan arreglar el asunto. Tú me entiendes, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha contado una de las chicas. Se lo dijo Lex Simms, el tipo de la muñeca rota. Lex había bebido unas cuantas copas de más. La chica le incitó a hablar. Yo les he pedido que me cuenten todo lo que puedan...

—¡Helen, por Dios! Eso puede ser peligroso.

—No. Ellas, y yo también, claro, estamos hartas de la forma en que nos tratan. Aparentemente, dirijo el negocio, pero es Anderson el que lo hace todo. Serán discretas, porque saben que nos libramos de ellos.

—Muy bien —se resignó Graham—. ¿Qué más?

—Eso es todo. Vienen dos... matarán a alguien y se marcharán inmediatamente.

—No matarán a nadie, Helen, descuida. ¿Estás sola?

—Ahora, sí, no me escucha nadie.

—Lo celebro.

—Roy, quizá esos tipos vengan a por la hermana de Effie.

—¿Qué te hace suponer una cosa semejante?

—Lex mencionó algo sobre un cambio de nombre del Effie's.

Dijo que pronto se llamaría La Casa de la Alegría.

—Gracias, Helen.

Graham dejó el teléfono en la horquilla. Si pensaban cambiar el nombre, era por una sola razón: cambio de propietario. Y eso sólo sucedería si Glynnis moría.

Tomaría las precauciones necesarias para evitarlo.

* * *

El coche llegó a media tarde y se detuvo ante el Seven Stars. Con la ayuda de los prismáticos, Graham observó a los dos sujetos que desembarcaban, aparentemente para beber algo refrescante. Uno de ellos, el más alto, se volvió ligeramente. Graham apreció la cicatriz de su mejilla izquierda. Ya no había duda; eran los mismos asesinos que habían dado muerte a Effie y a Pollock, el contable.

Consultó la hora. Todavía había bastante luz. Actuarían por la noche, como en la ocasión anterior.

Dejó los prismáticos a un lado y abandonó el observatorio. Cuando salía a la calle, se encontró con Zoé.

—¡Roy! —dijo ella.

—Hola —sonrió Graham—. ¿Venías a verme?

—Pues... sí. Tengo una buena noticia.

—Vamos, suéltala. Hace tiempo que sólo recibo malas noticias y esto levantará un tanto mi ánimo decaído.

—En realidad, no te concierne, aunque me pareció que te gustaría oírlo. Estuve hablando con un alto directivo de la Wells & Fargo...

te dije que conocía a uno muy importante, creo.

—Sí, lo recuerdo.

—Me ha prometido interesarse en el asunto. Está casi seguro de conseguir un crédito en mejores condiciones. Así podré cancelar la deuda con Glynnis York.

Graham se rascó la cabeza.

—Zoé, ese préstamo, ¿no sirvió en parte para que tú tía se diese una vueltecita por Europa?

Ella se puso colorada.

—Si he de serte sincera, tía Zoé fue siempre un poco inconsciente —repuso.

—Claro, eso explica muchas cosas... Pero no te preocupes; todo saldrá bien. Además, ahora la situación va a cambiar. Podréis asociaros con Ralston...

—¿Crees que resultará rentable la explotación?

—Yo diría que se puede conseguir, limpio, alrededor de un millón. Pero después será cosa de intensificar la explotación del yacimiento de boro. Mejor maquinaria, mejores técnicas... Las instalaciones están un tanto anticuadas...

Zoé le miró intrigada.

—¿Cómo puede saber un policía tantas cosas de minería? —exclamó.

Graham se echó a reír, a la vez que agarraba suavemente su brazo y la empujaba, en determinada dirección.

—Te lo explicaré en otro momento —dijo—. Anda, ven conmigo; voy a ver si hablo con Paige.

—¿Tienes algo importante que decirle?

—Muy importante.

Momentos después, entraban en la oficina. Paige no se hallaba en aquellos momentos.

—Esperaremos —decidió él.

Encendió un cigarrillo. Zoé no quiso fumar. Pasado un rato, Graham, empezó a impacientarse.

—Este hombre...

De pronto se le ocurrió que resultaría interesante conocer el estilo de Paige en los informes que había emitido sobre la evasión de un prisionero y el suicidio de otro. Abrió un par de cajones de la mesa, pero no encontró nada de particular.

Luego, su vista recayó sobre el fichero situado en un rincón. Se acercó al mueble y abrió el primer cajón.

Las carpetas estaban prácticamente vacías. Frunció el ceño; no era una cosa propia de un representante de la ley.

En el siguiente cajón encontró una carpeta con la referencia del Seven Stars. Había unos cuantos papeles y un sobre, cuyo contenido decidió investigar. Dentro del sobre había una fotografía y un negativo.

En la fotografía se veía a una mujer, con un revólver en la mano, junto a un cuerpo tendido en el suelo. Graham reconoció instantáneamente a la mujer.

Perdió el aliento.

—Dios, cómo no he sabido verlo antes...

—¿Es la fotografía de un asesinato, Roy? —preguntó la muchacha que miraba por encima de su hombro.

Graham demoró la respuesta un segundo. Luego, de pronto, dejó todo como lo había encontrado y empujó a Zoé hacia la puerta.

—Vámonos —dijo.

Salieron a la calle. Zoé se sentía muy intrigada.

—Escucha —dijo él—. Ahora mismo te vas a volver a casa y estarás allí hasta que te diga, ¿comprendes?

—Sí —repuso Zoé, muy asustada—. Pero... ¿qué sucede, Roy?

—Sucede que teníamos al «Jefe» delante de las narices y no sabíamos verlo —contestó Graham ceñudamente.

Ella se puso una mano en la boca.

—¡Oh! ¿El...?

—Anda, regresa a tu casa. Voy a ver si preparo una trampa para quitarle la máscara... y acabar de una vez con los días de sangre y furia en Sun Plains.

CAPÍTULO XII

Con gran cautela, los dos individuos llegaron a la parte posterior del edificio y se situaron junto a la ventana.

—Conocemos el camino, ¿eh? —rió el de la cicatriz.

El otro asintió.

—Así da gusto trabajar. Vienes, te pagan, actúas, te largas y...

Levantaron el bastidor de la ventana poco a poco. El de la cicatriz apartó cuidadosamente la cortina con una mano. Con la otra se dispuso a apretar el gatillo, pero se contuvo en el acto.

—No está —dijo, sorprendido.

—Podríamos esperarla dentro, ¿no te parece? —sugirió su compinche—. Si estamos aquí fuera mucho rato, podrían vernos...

—Buena idea.

Entraron en el despacho sucesivamente y corrieron las cortinas. De pronto, el de la cicatriz notó algo extraño.

—Joe, no oigo ruidos —dijo.

Joe Dennison torció el gesto.

—Es un poco tarde —repuso—. Pero quizá no sea día de mucho trabajo y estén ya todos dormidos.

El de la cicatriz, Bart Zealand, asintió.

—Es probable —dijo—. Pero, de todas formas, no podemos marcharnos sin hacer el trabajo.

Dennison soltó una risita.

—El prestigio profesional, ¿no?

Callaron un momento. Luego, Zealand se acercó a la puerta y escuchó unos instantes.

—Nada, no se oye lo que se dice nada.

—Bueno, tendremos que hacerlo en su habitación. Mejor, si está dormida, ni se enterará.

—De acuerdo. Vamos.

Zealand abrió la puerta. El salón estaba completamente desierto.

Avanzaron unos pasos. De pronto, se dieron cuenta de un extraño detalle.

—Es curioso. No hay nadie y, sin embargo, las luces están encendidas —dijo Dennison.

Reinaba un silencio absoluto. Repentinamente, Zealand percibió una poco agradable sensación de miedo.

—Joe, aquí hay algo que no marcha como debiera —murmuró.

—Sí —concordó el otro—. Lo mejor será que nos larguemos cuanto antes.

Retrocedieron hacia la puerta del despacho. Zealand asió el pomo y lo hizo girar, pero no consiguió abrirla.

—¡Joe, han cerrado con llave! —gritó.

Zealand echó a correr hacia la puerta delantera. También estaba cerrada con llave.

El pánico se apoderó de los dos asesinos. Súbitamente, se dieron cuenta de que no estaban solos.

En la veranda del primer piso, que corría a todo lo largo de la estructura, aparecieron repentinamente veinte mujeres.

Todas ellas les miraban en completo silencio, con rostros ceñudos y ojos llenos de odio. Zealand se dispuso a sacar su pistola.

En el mismo instante, empezaron a llover botellas sobre los dos pistoleros. Dennison aulló al recibir un impacto en el lado izquierdo del rostro. Zealand saltó hacia atrás cuando otra botella estalló sonoramente en su boca.

Los matones aullaban desesperadamente, intentando esquivar la lluvia de botellas y otros objetos que caían implacablemente sobre ellos. Al fin, aturdidos, sangrantes, literalmente deshechos, se dejaron caer al suelo, suplicando piedad.

—¿Piedad, asesinos...? —gritó Glynnis.

Y apuntó con el revólver de su hermana a uno de los hombres desplomados en un suelo lleno de cascos de botellas rotas y charcos de licor.

—¡Glynnis! ¡Quieta! —ordenó Graham—. No puedes tomarte la justicia por tu mano. Baja ese revólver en el acto.

La joven vaciló.

—Sí, creo que tienes razón...

Graham avanzó hacia los pistoleros y les quitó sus armas.

—Pero de todos modos —sonrió—, conviene que suenen un par de tiros.

Levantó la mano y disparó dos veces al techo. Luego hizo un gesto con la otra mano.

—Retírense, chicas —ordenó—. Quédense detrás de las puertas, para que no las vean por ahora.

La orden fue obedecida en el acto. Graham encendió un cigarrillo tranquilamente, situado frente a la puerta delantera, que ya había abierto de nuevo.

Todo había salido según lo planeado. Ahora sólo faltaba que el «Jefe» acudiese al reclamo.

* * *

La puerta del salón se abrió. El comisario apareció en el umbral, vio el panorama y lanzó un gruñido.

—¡Cristo! ¿Qué ha pasado aquí?

—Entre, entre, comisario —invitó Graham, situado detrás de la barra—. Pase y tomaremos una copa juntos.

—¿Ha sido usted el autor del estropicio? Le creí más prudente...

Graham sonrió. Los pistoleros, esposados, estaban ya a buen recaudo en otro lugar de la casa.

—Lo hicieron... Bueno, eso qué importa ahora... Tenemos que hablar de algo más interesante que de unas botellas rotas. Sí, tenemos mucho que hablar, Destry Tratford. Alias *el Jefe*, el hombre que, desde la sombra, ordenaba todos los crímenes que se han cometido en esta ciudad.

La cara del comisario se crispó.

—Graham, sospecho que no sabe lo que se dice...

—Tratford daba todas sus órdenes por teléfono, pero, al mismo tiempo, estaba enterado del menor incidente que se pudiera producir en Sun Plains —continuó el joven, impassible—. Sólo una persona podía hallarse en semejantes condiciones, la misma que simuló ser atacado para que escapase un prisionero herido y la misma persona que luego, furiosa por el fracaso al haberse dejado prender, después de asesinar a Mattie Lang, ahorcó al otro prisionero e hizo pasar el hecho como un suicidio. Usted, en suma.

—Suponiendo que admitiese ser Tratford, ¿podría presentar pruebas? —preguntó el sujeto.

—Podríamos empezar por la fotografía y el negativo que hay en su oficina y que usted, excesivamente confiado en sí mismo, no se molestó en guardar bajo llave. ¿Quién iba a sospechar que esa fotografía, que aparentemente tanto compromete a Helen Boise, estuviera en su poder?

»Tratford, usted, al salir de la cárcel, se dio cuenta de que podía engañar a la policía, pero no a los amigos de Harvey, el tipo supuestamente asesinado por Helen. Éstos no necesitaban pruebas para su desquite, por lo que optó por desaparecer. La mejor forma de conseguirlo era establecerse en alguna población donde no le conociesen y, naturalmente, bajo un nombre falso. Aquí nadie le conocía y vino como el hombre bueno, apacible, mesurado, amigo de todos... y capaz de ocupar el puesto de ayudante del anterior comisario, hasta que éste se jubiló.

»Luego le dieron el cargo y, siguió actuando honradamente durante una temporada. Nadie le conocía, con otro nombre, con veinte kilos de más, con ese enorme mostacho, la piel del rostro tostada, a veces lentes contra el fuerte sol del desierto... un aspecto de perfecto bonachón, que se ganaba el afecto y la simpatía de todos y que, merced a su cargo, estaba enterado de los menores sucesos que se producían en la ciudad. Hasta que un día afloraron sus viejas costumbres... y vio que el Effie's

era un filón y decidió hacerle la competencia, pero el Seven Stars no progresaba como había creído... y decidió eliminar la competencia, porque, además, tenía noticias de cierto acontecimiento importante relacionado con la mina de Zoé Vangeland.

»Anderson y sus chicos —prosiguió Graham—, vivieron aquí, llamados por usted, lo mismo que Helen Boise. Ninguno se imaginó que usted fuera Tratford, ni lo sospechaban siquiera. El nombre de Jefe era muy cómodo para ocultarse y dar las órdenes por teléfono... y hacer que Anderson llamase a los pistoleros de fuera, cuando eran necesarios sus “servicios”. Resultaba agradable ver que todo el mundo bailaba al son que usted tocaba, sin que supieran quién dirigía la danza. Y, además de agradable, con perspectivas de

enriquecimiento muy notables. Tratford, sinceramente, creo que todo eso se ha acabado —concluyó el joven.

El rostro de Tratford estaba cubierto de una fina película de sudor.

—¿Usted cree? —dijo.

—Anderson y sus chicos están dormidos. Les dieron narcóticos con las bebidas que tomaron después de la cena. Por eso no se enteraron de que Helen y sus chicas iban a venir aquí a ayudarme, hartas de los malos tratos que recibían constantemente. Y, por supuesto, las chicas de

Effie's

no querían correr la misma suerte. Zealand y Dennison están ahí dentro, esposados... acribillados a botellazos. No matarán a nadie más se lo aseguro.

Los labios de Tratford temblaban visiblemente. Graham añadió:

—La mina no será para usted, ni tampoco lo que hay en la veta que corre hacia el Sudeste. A veces, Pompey Ralston se iba de la lengua y usted pensó que podía ser un buen negocio, sobre todo, si conseguía la Casa de Reposo por un precio ridículo, con todas sus deudas, pero también con las que otras personas tenían con su dueña. Sabe demasiado a qué me refiero, pero no diré más, al menos por ahora.

—No podrá probarlo...

—Pero ordenó todos esos asesinatos.

—¡Sí! ¡Por todos los diablos, yo lo ordené! Y qué, estamos solos y nadie...

Tratford se interrumpió súbitamente. Una docena de puertas se habían abierto al mismo tiempo. Veinte mujeres le miraron silenciosamente desde la veranda superior.

—Gracias, Tratford —dijo el joven—. Ha confesado usted y sin presiones ni amenazas de ninguna clase. Aquí hay veinte testigos que declararán contra usted, cuando se celebre el juicio. Y, por si fuese poco... —Graham enseñó una placa—. Policía del estado de California —agregó significativamente.

En aquel instante, algo estalló en la mente del criminal. Enloquecido de furia, sacó la pistola que llevaba al cinto.

Arriba, en la veranda, estalló un disparo. Con la sorpresa pintada en el rostro, Tratford empezó a caer. Intentó agarrarse un

poco al mostrador, pero le fallaron las fuerzas súbitamente y se desplomó al pie, encogido sobre sí mismo.

Graham elevó la vista. Glynnis, todavía con el revólver en la mano, le miró desafiadora.

—No admitiré que he vengado a mi hermana, sino que le he defendido a usted, Roy —dijo.

Graham hizo un gesto de resignación.

—¿Quién podría decir lo contrario? —rezongó.

En aquel instante, sonó un grito:

—¡Roy!

Graham, sorprendido, se volvió hacia la entrada. Zoé corría hacia él.

—Dije que te quedases en casa —gruñó el joven.

—Lo siento. Oí disparos antes y vine a ver... No podía contenerme...

Helen soltó una risita.

—Roy, ¿qué les das? —exclamó.

Graham se volvió y levantó la vista.

—Ve a la oficina del comisario —indicó—. Allí está la fotografía y el negativo. Destrúyelos.

—Gracias, Roy.

Helen echó a correr. Graham empujó suavemente a Zoé hacia la puerta.

—Ahora sí puedes volver tranquila a casa —dijo.

* * *

Llegó al otro día, cerca de las doce, y se apeó del coche viejo en apariencia, con la sonrisa en los labios.

—He venido a despedirme —anunció—. Hay policías del Estado que se ocupan de todo. Yo he terminado aquí mi misión.

Zoé le miró fijamente.

—Pensé que te quedarías...

—La maldita burocracia —se disculpó él—. Effie York tenía amistades en el Departamento de Policía de San Francisco y por eso me enviaron a mí. Pero creo que tú también tienes algo que ver con mi llegada a Sun Plains.

—Tenemos amistades en la policía del Estado y también

solicitamos ayudas —declaró la muchacha—. Pero, bueno, ¿tú a qué cuerpo perteneces?

—A los dos y a ninguno —rió Graham—. Es cierto que fui policía algunos años, hasta que acabé la carrera. Luego me asignaron a los laboratorios; a fin de cuentas, un químico y geólogo siempre tiene algo que hacer en casos criminales. Después... Bueno, pensaba establecerme por mi cuenta, pero me pidieron que viniera a investigar privadamente. Eso es todo.

—Entonces, dimitirás.

—Tengo que pensármelo, Zoé. El empleo no está mal y el sueldo es decentito.

Ella apoyó la barbilla en una mano.

—Estaba pensando en ofrecerte un empleo en la corporación que formaremos ahora Pompey, tía Zoé y yo. Geólogo jefe, por ejemplo. ¿Qué te parece?

—No está mal.

—Pompey descubrió la veta, pero tú has confirmado el descubrimiento. Te corresponde una parte de los beneficios. Además, si estás aquí, podrás atenuar las fantasías de tía Zoé.

—Me lo pensaré.

—Me gustaría que aceptases, Roy.

—¿De veras?

Zoé asintió. Graham contempló aquellos ojos que le habían parecido los más hermosos del mundo el primer día que la vio.

De pronto, se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella, sorprendida.

—Cuando llegué a tu casa, yo esperaba encontrarme con una vieja gruñona, déspota... una cascarrabias...

—Y no fue así.

—Lo primero que vi fue... la «espalda» de una chica que estaba inclinada, cuidando unos rosales...

Zoé se puso colorada.

—Y creíste que era la sirvienta.

—Te aseguro que no me hubiese importado nada. No me importa nada lo que ella puede ser... con tal de que seas tú.

Zoé sonrió.

—Como dijo ayer Helen, ¿qué les das, Roy?

Graham la abrazó fuertemente.

—Lo vas a saber en seguida —respondió, inclinándose para besarla.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.